Bernardo Llorens y Martínez

LA MUJER QUE MATA
ó
LA JAULA DEL MÓNSTRUO

DRAMA EN CINCO ACTOS
divididos en 11 cuadros

MADRID
Sociedad de Autores Españoles
1917

A mi querido amigo el notable artista Joaquin Montero. Su afmo.

[illegible]

LA MUJER QUE MATA

ó

LA JAULA DEL MÓNSTRUO

LA MUJER QUE MATA

ó

La Jaula del Mónstruo

DRAMA EN CINCO ACTOS

divididos en 11 cuadros

original de

BERNARDO LLORENS Y MARTÍNEZ

ESTRENADO CON GRANDIOSO ÉXITO EN EL TEATRO APOLO (BARCELONA) LA NOCHE DEL 30 DE SEPTIEMBRE DE 1916



BARCELONA

Imprenta Francisco Borrás; Escudillers Blanchs, 10 y 12 - Teléfono A. 3553

1917

Al eminente actor

Don Francisco Morano

Homenaje de admiración
y prueba de efecto

El Autor



REPARTO

Personajes	Artistas
Blanca Aguilar	Angelina Caparó
Matilde.	Trinidad Guitart
Estrella.	Niña Modesta
Lola (Doncella de Blanca)	Concepción Gassó
Luisa (Doncella de Matilde)	Esperanza Ortíz
Fígaro	Miguel Rojas
Ricardo del Valle	Emilio Perelló
Don Gonzalo (Jefe de Policía)	Antonio Carnicero
General Salcedo	Juan Delor
Don Porfirio (Juez)	Daniel Castells
Don Antonio (Mayordomo del Palacio del General)	Alfredo Mer
Ramos	Emilio Guilemany
El Doctor	Amado Crespo
Enrique.	Enrique Lluelles
Alberto	Salvador Sierra
José (Ayuda de Cámara)	Plácido Rodríguez
Delegado del Gobernador	Plácido Rodríguez
Juan (Criado de Don Arturo)	Carlos Rubio
Pedro (Criado de Don Arturo)	Amado Crespo
Inspector de Policía	Enrique Lluelles
Un Criado (de Don Ricardo)	Amado Crespo
Federico (Groom)	Paquito N.

Personajes que no hablan

Dos Criados del General.
Un Escribiente del Juzgado.
Cuatro Polizontes.
Varios transeuntes.

Epoca actual

La acción en Buenos Aires, escepto el 5.° acto que transcurre en Madrid

ACTO PRIMERO

Lujoso salón-despacho en el Palacio del General. Caja de caudales. Galería de entrada que comunica y deja ver el jardín. Es de día. Puertecilla secreta. Mesa ministro. Teléfono; escribanía, papeles, etc. Un timbre. Aparte de la entrada principal hay una puerta con portiere en la izquierda del actor, que conduce a las habitaciones del General y familia

ESCENA 1.ª

El *General*, sentado a su mesa. Entra el *Ayudante* de Cámara. Luego don *Ricardo*.

AYUDANTE ¿Mi General?

GENERAL ¿Qué hay?

AYUDANTE El señor ingeniero, don Ricardo del Valle, acude al llamamiento de S. E.

GENERAL Que pase. (*Sale el Ayudante*)

RICARDO A las órdenes de S. E., General.

GENERAL Pase adelante mi buen amigo y tráteme como a tal, suprimiendo tratamientos y cumplidos. Venga esa mano y siéntese usted ahí mismo, que tenemos cuentas que arreglar, y cuanto antes mejor.

RICARDO ¿Pero me ha llamado usted por eso? ¿Qué prisa corre? Otro día...

GENERAL No. Ha de ser hoy mismo. en primer lugar porque quiero dejar en órden todos mis asuntos, por lo que pudiera ocurrir, pues sabe usted que mañana se verifican las elecciones para nombrar nuevo Presidente; y si por casualidad triunfara mi candidatura, como nunca llueve a gusto de todos,

no sabemos lo que podría acontecer y no debo dejar deudas pendientes. Y en segundo lugar, ilustre amigo, porque deseo hoy también trasladar al Banco una importante cantidad que tengo en esa caja, donde nada me producen y donde se hallan expuestos sin necesidad alguna, a robo u otro percance, cinco millones de pesos en billetes del Banco Nacional.

RICARDO — General, ¡esa es palabra mayor! Me ha conmovido la cifra... y efectivamente... pienso lo mismo que usted. Esa suma debe mejorar de sitio hoy mismo. ¡Cinco millones de pesos y lo dice como si nombrara una friolera! ¿Y cómo tiene usted ahí tanto dinero? Es extraño...

GENERAL — No, amigo mío. Y si usted no fuera tan ingrato, se hallaría al tanto de todo. Pero como, a pesar de no distar ciento cincuenta metros su casa de este palacio encantado, que con tanto gusto como ingenio me ha construído usted, no se ha dignado honrarlo en mes y pico que hace que tomé posesión de él, resulta que todo lo ignora usted; y resulta también que hace ese mismo tiempo que debiera usted haberme presentado la cuenta de sus honorarios, que supongo no serán grano de anís, y nada; ni ha venido usted hasta que le he mandado llamar, ni se ha enterado de que mi esposa tuvo la desgracia de perder a su señor padre y que ayer se presentó el notario Salazár

para hacerle entrega de la herencia. ¿Está usted enterado ya, señor curioso, de por qué está ahí todo ese dinero que tanto le asombra y yo miro tan indiferentemente porque ninguna falta hacía en mi casa tal ingreso?

RICARDO — Perfectamente enterado, mi querido General. ¿Con qué murió el acaudalado señor Aguilar? ¿En su hacienda de Mendoza?

GENERAL — Allí mismo. ¡Si era imposible sacarle de allí! Mi respetable suegro era tan terco como bueno y tan bueno como raro. Cierto que, dado sus aficiones, no carecía de distracción en su propiedad; porque aquello era un Arca de Noé... una enciclopedia. Todo se vendió.

RICARDO — ¡Y por lo que ha producido me hago cargo de lo qué sería!

GENERAL — Y digo lo de raro, porque en todo demostró serlo; hasta en la educación de su hija: la hacía conducir los toros a la dehesa... Blanca maneja el caballo y el lazo tan bien como el primer gaucho ¡La enseñaba a tirar al blanco... al florete... ¡qué sé yo! ¡Ah! y en eso no tiene rival. Yo no tiro mal y me tiene marcados más botonazos que cabellos me quedan en la cabeza. Es una cosa especial lo que le pasa cuando coje un florete... ¡ya ve usted que es de broma!... pues se pone nerviosa, sus ojos hechan chispas, aturden... y aquello es un vértigo imposible de contener! Y no

soy yo sólo el que se ha dado por vencido, sino también otros compañeros de armas que tienen fama de tiradores.

RICARDO Sería para mí una satisfacción muy grata que se presentara ocasión de poder convencerme prácticamente. . porque ha herido usted mi amor propio de tirador de florete.

GENERAL ¡Pues se lo prometo! ¡Pero le juro a usted que se arrepentirá si se pone frente a ella!

RICARDO Y hablando de todo, ¿ha sido también del agrado de su linda esposa mi modesta obra?

GENERAL ¿Modesta obra? No hay que ser tan modestos, señor ingeniero. A mi esposa le ha gustado tanto como a mí; y todos los que me han honrado con su visita, incluso el Presidente de la República, han quedado admirados de la modesta obra y convenido conmigo en que no hay en el mundo edificio más suntuoso y alegre que éste.

RICARDO Del que deseo disfrute usted mil años.

GENERAL Y yo que usted lo vea.

RICARDO Gracias. Y en pago a las alabanzas, aunque no era llegada aún la hora de la sorpresa, le anticiparé que todavía no han visto ustedes lo más notable de este palacio. Han visto, digámoslo así, la superficie; pero no el fondo. Y en el fondo de este palacio hay cosas que cuando las vean ustedes, las van a tachar de maravillosas.

GENERAL ¿Cómo. don Ricardo? ¿Lo ve usted? Ahora el asombrado soy yo. Haga usted el favor de decirme en qué consisten esa sorpresa y esas maravillas; que cuando usted a pesar de su modestia las trata de tales, asombrosas tienen que ser por fuerza.

RICARDO Ya he dicho que no era llegada la hora; pero va a serlo en breve.

GENERAL ¡Cómo! ¿pues acaso no estoy en mi derecho de querer satisfacer esta curiosidad?

RICARDO Y yo en el deber de complacerle. Y voy a hacerlo. (*Levantándose*). Pero como hay que comenzar prácticamente, empiezo por ausentarme unos momentos de su casa y al cabo de ellos lo verá usted todo.

GENERAL Pero no se marchará sin cobrar antes, eso no.

RICARDO Perdone usted, pero como no pensaba hacerlo hoy, no he traído conmigo la factura. La tengo en mi despacho voy a buscarla. Enseguida estoy de vuelta y al satisfacerla satisfará usted su curiosidad.

GENERAL Pues aquí le aguardo terminando un asunto urgente que su agradable visita me interrumpió.

RICARDO Con su permiso. (*Haciendo sonar el timbre*).

GENERAL ¿Qué desea? ¡Ah!... me distraje...

RICARDO ¿Mi sombrero? (*Al Ayudante que entra*).

AYUDANTE En el perchero del corredor de salida.

RICARDO — Tenga usted la bondad de traerlo. (*Sale al Ayudante*).

GENERAL — Dispense le trate con tanta confianza.

RICARDO — Me honra usted en ello, General. ¿Y cree probable el triunfo de su candidatura? Lo celebraría...

GENERAL — Yo no. Si me llaman, cumpliré mi deber, pero prefiero esta tranquilidad al lado de mi esposa y de mi hija. Mis buenos amigos tienen la culpa de todo, porque yo no ambiciono el cargo; se lo aseguro. (*Entra el Ayudante con el sombrero*).

RICARDO — Pues hasta la vista.

GENERAL — Cuanto antes. (*Sigue su escritura, después que salen ellos. Pausa*).

ESCENA 2.ª

El *General*. Después el *Ayudante*. Luego el *Mayordomo*. A poco don *Ricardo* y por último *Estrella*.

GENERAL — (*Toca el timbre. Vuelve a escribir. Sale el Ayudante*). Diga usted al Mayordomo que venga. (*Sale el Ayudante. Escribe. Pausa.*

MAYORD. — A las órdenes de S. E., mi General.

GENERAL — Voy, voy. (*Escribe. Pausa corta. Deja la pluma*). Avise usted al chauffer que para dentro de media hora tenga el auto dispuesto. Quiero ir al Banco. Usted me acompañará.

MAYORD. — Está bien, mi General. ¿Manda algo más S. E.?

GENEARL — Nada. Ya avisaré.

MAYORD. — Con permiso de S. E.

(Se retira. El General vuelve a su trabajo. Pausa. Gira una puertecilla secreta que da paso a Ricardo. Este, al notar que no ha sido visto, la cierra y se acerca a la principal como si entrara por allí).

RICARDO Perdone usted, General que entre sin anunciarme. ¿He tardado?

GENERAL No le esperaba tan pronto. ¿Y la factura?

RICARDO Aquí está. *(Se la entrega)*. Si la encuentra usted exagerada me lo dice con franqueza y se rebaja.

GENERAL *(Leyendo)*. «En varias partidas, a cuenta, según detalle al dorso... pesos tres mil quinientos. A cobrar... pesos dos mil quinientos. Total de honorarios... pesos seis mil.» ¿Pero qué es esto? ¿Usted se burla de mí? Dos años de incesantes trabajos en una obra tan grande y sale usted ahora conformándose a cobrar una miseria, de la cual ya se ha comido usted la mitad?

RICARDO Y quedo bien pagado. Usted cedióme el terreno para construir mi chalet; la construcción, hecha al propio tiempo que el palacio, con materiales y trabajadores de la obra grande como usted la llama, ha sido también incluída en las cuentas generales, como puede dar fe su mayordomo. Y por lo tanto no resultan tan módicos mis honorarios; puesto que a los seis mil pesos hay que añadir lo que pueda valer mi quinta. De modo que si he trabajado dos años para usted,

también por usted me encuentro al cabo de ellos con casa propia y dos mil quinientos pesos libres y lo que es más todavía: con la fama que se han empeñado ustedes en prodigarme con tanta esplendidez.

GENERAL ¡Bueno, bueno! No quiero herir tanta susceptibilidad. Ahora le liquidaré como usted desea y después veremos. (*Se levanta. Saca de un bolsillo la llave de la caja y la abre. Ricardo, que le ha seguido, le clava un puñal por la espalda repetidas veces*). ¡Miserable! (*Quiere defenderse, pero le sujeta Ricardo*).

RICARDO ¡Silencio!

GENERAL Socorro... (*Ya con voz débil. Y cae*). ¡Ay!...

RICARDO ¡Ya era hora. ¿A ver?... aun respira. El corazón late... Si hablara... ¡oh, no! (*Se lo clava en el corazón*). Ya no hay miedo. (*Se guarda el puñal. Saca de la caja los fajos de billetes. Sale una pelota de goma grande y detrás corriendo, como para cojerla, Estrella, que al ver a su padre, grita:*)

ESTRELLA ¡Ay, mi papá!

RICARDO ¡Maldita! ¡No grites! (*Le tapa la boca*). ¿Qué hago con ella? Podría descubrirme... No hay tiempo que perder...

ESTRELLA ¡Mamá!

RICARDO ¡Calla!

VOZ (*Dentro de Lola*). ¡Estrella!

RICARDO ¡Oh!... ¡Aquí mismo! (*La mete en la caja y cierra de golpe*). No dejemos

rastro... ¿Mi factura?... Aqui está. Se acercan. (*Aprieta un botón oculto en la pared y se abre la puertecilla secreta*). Nadie me ha visto. (*Sale con el dinero y cierra la puertecilla tras sí*).

VOZ ¡Estrella!

ESCENA 3.ª

Blanca que sigue a *Lola*. En seguida el *Ayudante*. Después el *Mayordomo* y el *Groom*.

LOLA ¿No está? (*Viendo el cadáver. Aterrada*). ¡Jesús! (*A Blanca*). El General, ¡muerto!

BLANCA ¿Qué dices? ¡Sí! ¡El! ¡Sangre!... ¡Dios mío! ¡Socorro! (*Trémula y llorosa pero muy enérgica. Rápido*). ¿Qué haces? ¡Llama! ¡El timbre... pronto! (*Lola toca el timbre con mano convulsa, repetidas veces*). ¡Rodolfo! (*A su esposo, como queriendo auxiliarle*). ¡Rodolfo!... Muerto...

AYUDANTE ¿Qué pasa?

BLANCA ¡Mi esposo, asesinado! (*Levantándose*).

AYUDANTE ¿El General? ¡Jesús! (*Se inclina para verle*).

BLANCA (*Corre al teléfono y llama*). ¿Y la niña? (*A Lola*). ¡Busca a Estrella! (*Suena el timbre de contestación, del teléfono. Sale Lola*). «¿Central?» (*Entran el Mayordomo y el Groom*). «Comunicación con la Jefatura. ¡Urgente, urgente!»

MAYORD. ¿Pues qué ocurre, señora?

BLANCA ¡Mire usted, don Antonio, mire usted!

MAYORD. ¡Mi General! (*Corre hacia el cadáver*).

GROOM ¡Señor! (*Idem*).

MAYORD. ¿Pero, cómo es posible? ¿Quién ha sido?

AYUDANTE Nada sé, señor; ¡no me lo explico!..

BLANCA ¡Pronto! ¡El auto a la Jefatura! y que avisen al doctor, corra usted! (*Sale el Ayudante. Suena el timbre teléfono*). «La esposa del General Saldo. Acaban de asesinar a mi marido en su propio despacho. Mando mi auto. Telefonée usted al Juez y vengan volando.» (*Volviendo a él*). ¿Muerto tú?... ¿Pero no se han apercibido ustedes de nada? ¿No han oído voces?

MAYORD. Nada, señora.

GROMM Nada.

BLANCA ¿Y los demás criados? Interrogue usted a todos si han visto a alguien.. Que registren los jardines y los alrededores! ¡Si de casa no ha sido, alguno ha de haber entrado! ¡y hay que dar con él! ¡Miserable!... (*Sale el Mayordomo. Ralipez y naturalidad*). Pero yo te vengaré, Rodolfo, aunque me cueste toda mi fortuna! ¡aunque me cueste la vida! ¡Sí, yo te vengaré! cuando no he enloquecido es porque Dios me permite conservar la razón para que puede buscar a tu asesino. Sí; no temas, yo sujetaré mis nervios y comprimiré mi cerebro para que no estalle! ¡Quiero vivir, para

tu venganza! y para nuestra inocente hija! (*Se oye una bocina*).

GROOM Señora, señora, el auto avisa su llegada.

BLANCA ¡Sí, ese es!... ¡Ese!... ¡Ve, Federico, condúcelos; que no se detengan! (*Sale el Groom*). ¡Ya era hora! (*Va a recibirles*). El Jefe de policía... El Juez... ¡gracias a Dios!

ESCENA 4.ª

Blanca. El cuerpo del General. Y entran, por este orden, don Porfirio, don Gonzalo, un Escribiente del Juzgado. El Mayordomo, el Ayudante, el Groom y dos Criados. Luego el Doctor.

BLANCA ¡Por aquí, señores, por aquí!... ¡Ay, señor Juez! ¡Ay, don Gonzalo!... ¡Pasen ustedes y contemplen esta infamia!

PORFIRIO Señora, ruego a usted mucha calma. Para hacer luz en tan amargos trances, es preciso tenerla. (*Examinan el cuerpo. El Escribiente toma nota*).

GONZALO ¡Pobre amigo mío!

PORFIRIO ¿Quién ha descubierto el cadáver?

BLANCA Lola, mi doncella; y yo: veníamos tras de mi niña que se dirigió hacia aquí corriendo...

PORFIRIO ¿Hace mucho?

BLANCA Unos minutos. Tras el natural sobresalto, di algunas órdenes y Lola siguió sus pesquisas en busca de Estrellita, pues no la hallamos aquí.

PORFIRIO ¿No han mudado ustedes de lugar ni de postura al cuerpo del General?

BLANCA — No, no.

PORFIRIO — ¿Quién es este señor?

BLANCA — El Mayordomo: la persona de confianza de mi esposo.

AYUDANTE — (*Quedó en el fondo*). El señor Doctor.

DOCTOR — Buenos días. (*Apresurado*). ¿Y el cadáver?

PORFIRIO — Allí. (*El Doctor lo examina*).

DOCTOR — Le han atravesado el corazón además de otras heridas que presenta, algunas de ellas mortales de necesidad.

PORFIRIO — ¿Puede hacer mucho que ha dejado de existir?

DOCTOR — Cuestión de minutos.

PORFIRIO — Señor Mayordomo, disponga usted la traslación del cadáver y a disposición del señor Doctor por si precisa verificar la autopsia.

BLANCA — ¡Señor Juez!... (*Con dolor extremado*).

PORFIRIO — ¡Animo, señora! Ya que no hay remedio para el General, pongamos todos los medios para dar con el criminal.

BLANCA — ¡Sí, sí! ¡Todos, todos! (*Salen por el fondo el Mayordomo y los dos criados conduciendo el cadáver, con solemnidad. Pausa*).

ESCENA 5.ª

Los mismos, menos el General, el Mayordomo y los dos Criados.

(*Desaparecido ya el cadáver, el Juez toma asiento en el sillón del General: enfrente el Escribiente y al lado

del Juez, don Gonzálo, después de hablar con Blanca).

GONZALO Valor mija mía.

BLANCA ¡Ay, don Gonzalo, no puedo más!

DOCTOR Es preciso resignarse. No se desespere usted así; piense en su hija.

PORFIRIO ¿Señora? Tenga usted la bondad de decirme quién ha visitado al General de una hora a esta parte.

BLANCA Hace ese tiempo que mi esposo se separó de mí para venir a esta habitación, que era su despacho y no había vuelto a verle. Su ayudante de cámara debe estar enterado.

PORFIRIO ¿Ayudante de cámara?

AYUDANTE Presente, señor Juez.

PORFIRIO ¿Ha tenido visitas S. E. esta mañana

AYUDANTE Sólo una. El ingeniero don Ricardo del Valle, que vino llamado por S. E.

PORFIRIO ¿Permaneció mucho tiempo en compañía de S. E. el señor del Valle?

AYUDANTE Así como un cuarto de hora.

PORFIRIO ¿Oyó usted gritos?

AYUDANTE Nada de eso. Como de costumbre. S. E. me avisó por medio del timbre: el señor del Valle pidióme su sombrero y despidiéndose afectuosamente del General, salió en mi compañía. Le vi cruzar el jardín y vi como el portero le despedía y cerraba la verja. Además...

PORFIRIO ¿Qué?

AYUDANTE Dos minutos después volvió a llamar S. E. mandándome avisar al señor Mayordomo, que salió a los pocos momentos de conferenciar con él.

PORFIRIO ¿Se apercibió usted de lo que trataron?

AYUDANTE No oí absolutamente nada.

PORFIRIO ¿Notó usted algo extraño en el Mayordomo a su salida de esta habitación? ¿Le dirigió a usted la palabra?

AYUDANTE Nada anormal había en él. Me ordenó avisar al chauffer para que tuviera dispuesto el auto antes de media hora.

PORFIRIO ¿Y usted fué a cumplir esa orden en seguida? ¿No entró usted antes aquí para nada?

AYUDANTE No, señor Juez. Fuí directamente a cumplirla. Al volver a mi puesto oí la voz de la señora que daba gritos desgarradores y acudí al momento.

PORFIRIO Según las declaraciones de usted, el señor ingeniero resulta completamente libre de toda sospecha. ¿Y afirma usted que ninguna otra persona extraña puede haber penetrado aqui? Mire usted bien lo que dice, porque cuanto más disculpe a los estraños más sospechas hace usted recaer sobre los de casa.

AYUDANTE Juro a usía que no he dicho una sola palabra que no sea cierta. A afirmo y cargo con la responsabilidad de esta afirmación, que por la puerta principal no ha penetrado aquí esta mañana nadie más que las dos personas que he nombrado y yo.

PORFIRIO ¿Hay alguna otra entrada?

AYUDANTE Solamente las habitaciones de los señores. (*Señala la puerta de la izquierda*).

PORFIRIO Señora: existe dentro de ellas alguna puerta que comunique con el exterior?

BLANCA No. Solamente los balcones, que dan al jardín. Pero si alguien hubiera entrado por ellos, para llegar aquí, hubiera tenido que pasar forzosamente por delante de nosotras.

PORFIRIO (*Medita un momento y clava la mirada en el Ayudante*). ¿Ha cambiado usted de traje después de ocurrido el hecho?

AYUDANTE No, señor Juez. Y ya he tenido el honor de decir a usía que desde que salió el señor mayordomo de hablar con S. E. el General y fuí a cumplir su orden, no he vuelto a entrar aquí hasta que oí gritar a la señora; ni hubo lugar para ello, puesto que sólo transcurrieron algunos minutos. Y el chauffer podrá atestiguar que los pasé hablando con él.

PORFIRIO Perfectamente. (*Vuelve a meditar*). Doña Blanca, si mal no recuerdo me dijo usted que durante el tiempo transcurrido desde que el General entró en su despacho hasta que lo asesinaron, no volvió usted a verle.

BLANCA Y así fué.

PORFIRIO Y su doncella de usted no entró aquí tampoco para traer algún recado a S. E.? Recuerde usted bien.

BLANCA Lola no se ha movido de mi lado ni un solo instante: penetró aquí conmigo!

PORFIRIO Muy bien. Y respecto al mayordomo, ¿me dijo usted que era la persona de confianza de su esposo? ¿No tiene us-

ted motivo para sospechar si tenía algún resentimiento con él?

BLANCA Ninguno y juraría que no es el asesino aunque veo que del interrogatorio sólo contra él resultan cargos.

PORFIRIO Por ahora, la lógica me dicta claramente que el hecho ha debido ocurrir en el preciso momento en que el mayordomo entró aquí llamado por el General y avisado por el Ayudante de cámara. Y no habiendo otra persona que él... y no pudiendo creer en el suicidio porque lo desmienten las heridas de la espalda, ¿verdad Doctor?...

DOCTOR ¡Sí, sí! Puedo asegurar que es asesinato, sin duda ninguna.

BLANCA ¡Jesús, Dios mío! ¿Don Antonio!... no puede ser. Señor Juez, le ruego que procedamos con calma. (*Siempre alterada*).

PORFIRIO Naturalmente. Hay que interrogarle...

ESCENA 6.ª

Blanca. Porfirio. Doctor. Gonzalo. Ayudante. Escribientey Groom. Entra *Lola* muy apresurada, seguida de *dos criados*. Y al momento el *Inspector* conduciendo a *Fígaro* sin soltarlo y detrás *cuatro Guardias*.

LOLA ¡Señora!... ¡Ay, Dios!... (*Entrando*). Perdonen ustedes. ¡Señora!...

BLANCA ¡Habla! ¿Estrella?

LOLA ¡No la encontramos por ninguna parte! ¡Todo lo hemos registrado!

BLANCA ¡Qué dices! ¡Oh, Virgen María!...

INSPECTOR ¿Y el Jefe? (*Entrando*).

GONZALO ¿Qué hay?

INSPECTOR He explorado los alrededores y sólo he hallado a este granuja, que estaba junto a la verja mirando hacia adentro.

GROOM (*Aparte*). (¡ Fígaro !)

BLANCA (*A Fígaro*). Y dime, ¡ por Dios! ¿No has visto una niña pequeña, o alguien que escalara la verja?

FÍGARO No he visto a nadie más que a éstos. ¡ Pero suélteme usted ya, hombre! (*Desasiéndose*). (*Recordando*). ¡ Ah ! Sí.

BLANCA (*Con ansia*). ¿A quién?

FÍGARO A esa señora y a esos dos caballeros. (*Por Lola y los dos criados que visten de frac*), que corría en todas direcciones por dentro del jardín, como buscando algo.

PORFIRIO Tranquilícese usted, que inmediatamente parecerá la niña. Encárguese usted de ello señor Inspector.

BLANCA ¡ Se lo ruega esta infeliz mujer, que está temiendo otra desgracia!
(*Sale el Inspector seguido de dos Guardias. Fígaro se fija en el Groom, le hace señas y éste le impone silencio. Aquél estará junto a la caja*).

ESCENA 7.ª

Blanca. Lola. Fígaro. Gonzalo. Porfirio. Doctor. Ayudante. Groom. Escribiente. Dos Criados. y dos Guardias.

DOCTOR (*El Doctor procura consolar a Blanca. El Juez contempla fijamente a Fígaro*). Señora, por todos los santos...

procure usted dominar esa excitación... prepararé un calmante...

BLANCA ¡No quiera nada! ¡Lo que quiero es mi hija y después justicia!

DOCTOR Sí. Todo lo tendrá usted. Pero no se altere ni grite, porque si interrumpimos la acción de esa mismo justicia que usted exige, sólo conseguiremos retardarla o entorpecerla.

BLANCA ¡Sí, sí!... (*Luchando por dominarse*).

PORFIRIO ¿Qué hacía usted parado junto a la verja del jardín?

FÍGARO Esperaba a ese. (*Por el Groom*).

GROOM ¡Qué dices! (*Sensación general*).

FÍGARO La verdad.

PORFIRIO ¡Ah!... ¿Se conocían ustedes?

FÍGARO Hace mucho tiempo. ¡Hombre, no te pongas tan encarnado, que no hay para tanto! A usía también tengo el honor de conocerle, porque yo no falto a ningún juicio oral en la Audiencia, menos cuando no me dejan entrar.

PORFIRIO Bien. Concrétese a responder a mis preguntas. ¿Con qué objeto esperaba usted a ese muchacho?

FÍGARO Con uno muy importante.

PORFIRIO ¡Dígalo usted!

FÍGARO Pues es el caso, que las mañanas que me levanto sin saber como voy a almorzar,, que son seis o siete a la semana, voy a la verja y espera que te espera hasta que Federico parece. A veces el pobre me trae alguna cosa con que aplacar la necesidad de mi estómago y otras veces me trae sólo

conversación y con ella me paso hasta que Dios quiere.

PORFIRIO Así es que hoy...

FÍGARO Hoy voy ya sintiendo un riudito... ¡digo, dos ruiditos! porque desde que estoy junto a esta caja voy sintiendo otro... que parece que dentro de ella hayan más ratones que dineros.

GONZALO ¿Qué?... (*Levantándose y pegando el oído a la caja*). Sí... es verdad... y hay una llave puesta.

PORFIRIO ¡Cómo! ¿Habrá sido un robo el móvil del crimen? ¿Contenía valores?

BLANCA La herencia de mi pobre padre, que esta mañana se proponía mi esposo ingresar en el Banco.

PORFIRIO Vea usted si han robado.

BLANCA (*Yendo hacia la caja*). ¡Ojalá se hubieran conformado con los millones! (*Con la mano puesta en la llave y antes de abrir*). ¡Si se hallan aquí o conseguimos recobrarlos de manos del asesino, juro cederselos a quien lo descubra! (*Abre y dá un grito terrible, retrocediendo, trastornada de horror*). ¡¡Ah!! ¡Mi hija!... mi...

TODOS (*El Juez se levanta. Don Gonzalo saca la niña de la caja. El doctor corre a euxiliarla. Lola también y la coge. Blanca, medio ahogada. Mucha rapidez, pero con naturalidad todo*).
—¡Oh!
—¡Jesús!
—¡Qué horror!

DOCTOR ¿A ver? Asfixia... aun late... sí... (*Saca un estuche*). ¡Sígame usted! (*A Lola*). Creo que será tarde.

(*Sale por la izquierda seguido de Lola que lleva la niña*).

BLANCA ¡Me ahogo!... ¡Muerta! ¡Se la llevan!...

GONZALO ¡Blanca, por piedad!...

BLANCA ¡Mi hija! ¡Hijaaaa!... (*Sale tras ellos enloquecida. Los dos Criados la siguen*).

ESCENA 8.ª y última

Fígaro. Porfirio. Gonzalo. Ayudante. Groom Escribiente y dos Guardias. Luego el *Mayordomo* y después el *Doctor* al que sigue *Blanca* con *Estrellita* en sus brazos, *Lola* y los *dos Criados*.

PORFIRIO ¡Veamos!... (*Examinan la caja*). Efectivamente: ha sido robada. El hecho está bien claro: la persona que estaba aquí con el General le ha asestado los promeros golpes rápidamente mientras andaba en la caja y al volverse para hacer frente, ha recibido el del corazón, muriendo en el acto. El asesino ha ocultado el arma, ha sacado el dinero; y al verse sorprendido por la niña, por temor de que pudiera delatarlo, la ha encerrado aquí precipitadamente, seguro de que quedaría asfixiada.

GONZALO ¡Qué infamia!

PORFIRIO Y ahora lo que hay que aclarar es el nombre del delincuente. (*Vuelven a su puesto*).

FÍGARO (*Al Groom, pero en voz alta*). Yo creí que se trataba sólo de la desaparición de la niña y ahora salimos con

que han robado millones y asesinado nada menos que a un general. ¡Vaya un lío, Federico!

GROOM ¡Calla, hombre!

PORFIRIO Si las declaraciones del Ayuda de cámara resultan ciertas, poco nos restará que hacer.

GONZALO (*Bajando la voz*). ¿Le han merecido a usted crédito?

PORFIRIO No por completo; que el golpe podría venir de otro lado y hallarse complicado en el asunto. ¿Joven?

FÍGARO A las órdenes de usía.

PORFIRIO ¿Cómo se llama usted?

FÍGARO Fígaro.

PORFIRIO ¿Qué más?

FÍGARO (*Al Groom*). ¡Oye, tú! ¿Ves qué compromiso? Os olvidasteis del apellido.

PORFIRIO ¿Qué quiere decir eso?

FÍGARO Que éste fué quien me bautizó y no me puso más que Fígaro, a secas. Es decir, a secas no, porque lo remojamos con vino; amén del vaso que me derramaron en la cabeza, a guisa de agua, por toda ceremonia.

PORFIRIO ¿Hace mucho tiempo?

FÍGARO Hace algunos años; cuando llegué a esta población.

PORFIRIO ¿Y antes cómo le llamaban?

FÍGARO «Tú».

PORFIRIO No comprendo...

FÍGARO «¡Tú!»

PORFIRIO Eso no es nombre

FÍGARO Pues así me llamaban.

PORFIRIO ¿Quiénes?

FÍGARO Los que me recogieron o me robaron

¡qué sé yo! de pequeño. Nunca pude saber nada, porque cuando empecé a tener uso de razón y se me ocurría hacerles alguna pregunta, me respondían con un par de tortas que me dejaban en ayunas. Hasta que me cansé de recibirlas y me escapé.

PORFIRIO ¿Cuántos años tiene usted?

FÍGARO ¿Y yo qué sé? Los que a usía le paca. Calculemos unos diez y siete o diez y ocho...

PORFIRIO ¿Se ocupa usted en algo?

FÍGARO Me paso leyendo en la Biblioteca Nacional todas las horas que se halla abierta y las demás, con mis amigos paseando... o en la Audiencia... o contándoles las Aventuras de Sherllock Holmes, Nick-Carter y otros célebres detectives, que me he aprendido de memoria.

PORFIRIO ¿Qué clase de amigos son esos?

FÍGARO Unos cuantos afortunados como yo. Ese era uno de ellos. (*Por el Grom*). pero encontró colocación aquí y desertó.

PORFIRIO ¿Dónde vivía usted antes de llegar aquí y quiénes eran los que le retenían a su lado?

FÍGARO Vivíamos dentro de un furgón y caminábamos de pueblo en pueblo haciendo títeres por el día y robando por la noche. ¡Tengo tantas verjas y tapias escaladas y hurtadas tantas gallinas, que si usía lo supiera me hechaba a cadena perpetua.

MAYORD. (*Entrando*). Cumplidas las órdenes de usía. (*Con mucho pesar*).

PORFIRIO Acérquese usted. Espero que por la natural vigilancia a que le obliga su cargo, podrá usted dar alguna luz en este desgraciado asunto.

MAYORD. Ninguna, señor Juez. No me ocurre de quien sospechar, ni sé si achacarlo a intrigas políticas o venganzas personales.

PORFIRIO No es nada de eso. Debía usted suponer otras causas, puesto que no ignora usted que esa caja contenía una inmensa fortuna.

MAYORD. No lo ignoro y precisamente debía acompañar a mi señor esta misma mañana para depositarla en el Banco Nacional, donde S. E. guardaba sus intereses en una de las cajas de alquiler. Esa fortuna a que usía se refiere y que suma cinco millones de pesos, la recibió ayer el General, de manos del Notario y delante de mí.

PORFIRIO ¿Y alguna otra persona que usted estaba enterada de ello?

MAYORD. Que yo sepa, solamente la señora, pues se trata de la herencia de su difunto padre. ¿Pero acaso?...

PORFIRIO ¡Sí! Ha sido robada por el asesino del General. ¿Y sabe usted de quién se sospecha como presunto reo del delito y contra quién se acumulan todas las pruebas?... ¡Contra usted!

MAYORD. ¡Señor Juez! (*Muy trastornado*).

PORFIRIO Y por si no fueran bastantes todas esas pruebas, están delatándole a usted esas manchas de sangre... (*Rapidez hasta el final*).

MAYORD. ¿Sangre, yo? ¡Ah, sí! ¡Jesús! ¿Qué

es ésto, Dios mío? ¿Yo, asesino?... ¿Yo, ladrón... yo?... ¡Miserables, necesitáis una víctima y me habéis elegido a mí!...

PORFIRIO ¡Basta!

MAYORD. ¿Así se premian cincuenta años de honradez y lealtad?

PORFIRIO ¡Llevadle! (*A los guardias*).

MAYORD. ¡Sí, llevadme! ¡Matadme! ¡Todo lo que queráis! que allá arriba hay otro Juez que sabe más que esos... ¡y Ese nos ha de juzgar a todos! (*Se lo llevan*).

FÍGARO Ese hombre debe ser inocente.

BLANCA (*Dentro*). ¡Don Gonzalo!... ¡Señor Juez!...

GONZALO ¡Blanca!

BLANCA (*Más cerca*). ¡Mi hija!... (*Entra el Doctor*).

PORFIRIO ¿Habrá muerto? (*Al Doctor*).

BLANCA (*Entra con la niña en brazos, medio loca, desgreñado como si hubiera sostenido lucha. Detrás Lola y los dos Criados*).

¡Salvada! ¡Dios no ha querido acabar de matarme! ¡Se ha salvado! ¡¡Se ha salvado!!

(*Con risa y llanto a la vez, cubriendo de besos a su hija Cuadro*).

TELÓN RÁPIDO

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración convertida en sala de recibir. Desapareció la caja y la mesa-despacho. Escribanía de señora; centro de sala; muebles buenos. Teléfono. Un timbre, periódicos, etc.

ESCENA 1.ª

Blanca y Matilde sentadas. Cerca de ellas *Estrella* entretenida en arreglar una muñeca. Luego *Lola* y en seguida *Don Gonzalo.*

BLANCA — ¿Mañana ya la partida? ¿También me voy a quedar sin la más querida amiga de la infancia? ¡Qué desdichada soy, Matilde!

MATILDE — ¡Figúrate si lo sentiré yo, amiga mía; no, hermana más que amiga! ¡Pero qué vamos a hacer! A mi esposo le manda llamar el Ministro, pues su misión diplomática ha terminado ya. Dos años le ha hecho permanecer en Buenos Aires y ocho meses hace que tengo la dicha de llamarme su mujer. Es tan bueno y me quiere tanto... ¡pero, oye! ¿Sabes lo que se me ocurre? Tú necesitas distracción, viajar... ¡el Médico te lo ha dicho! ¿por qué no coges a la niña y te vienes con nosotros?

BLANCA — Por hoy no me es posible, querida. ¡Quién sabe si andando el tiempo, despejada ya de esta idea de venganza cuando se haya encontrado al cri-

minal, me verás entrar en Madrid y pasar a tu lado una temporada! Entonces puede que sí me decida a buscar distracción y olvido recorriendo Europa, que tengo deseos de conocer. Y naturalmente que España sería lo primero que visitaría; tanto por volver a verte cuanto antes, como porque su neutralidad en esa guerra Europea—¡que va a arruinar el mundo entero!—me aseguraría tranquilidad absoluta. No dejes de escribirme... ¡quién sabe!...

MATILDE Tan pronto como tengamos puesta la casa. Y adiós, Blanca, que me está esperando Alberto y ya son tres veces las que me despido de ti. ¡Adiós, adiós de una vez! y que nos volvamos a ver pronto! *Se besan*). ¡Adiós, hermosa! (*A Estrella*).

ESTRELLA ¡Adiós!

BLANCA Adiós, Matilde: lo mismo deseo. (*Van a salir y entra Lola*).

LOLA ¿Señora?... Don Gonzalo pide permiso...

BLANCA ¡Que pase, que pase! (*Sale Lola*).

MATILDE Pues quédate y no gastes cumplidos: ¡otro beso! (*Entra Don Gonzalo, se saludan y sale Matilde*).

BLANCA ¡Ay, gracias a Dios!... ¡Qué abandonada me tiene usted, amigo mío!

GONZALO ¿Cómo se encuentra?

BLANCA ¡Bien, pero muy impaciente! ¿Hay noticias? En los periódicos nada...

GONZALO Todo sigue su curso. Don Antonio negando siempre y nosotros sin dar con ninguna otra pista.

BLANCA ¡Después de un mes!...

GONZALO ¡Ya ve usted! Y no es porque no se trabaja. (*A la niña*). ¿Y tú qué haces, tan ocupada, monísima? (*Se sientan*).

ESTRELLA Arreglando a mi hija. Ayer me dijo Fígaro que estaba fea; pero hoy, si viene, no lo dirá: mire usted que vestido tan lindo la hemos hecho Lola y yo; ella cosía... y yo miraba.

GONZALO Sí, está preciosa. Pero no me has dado un beso.

ESTRELLA Pues ahí van dos. (*Le besa y vuelve a su tarea*).

GONZALO Según dice la niña, ha estado aquí otra vez aquel joven?

BLANCA ¿Fígaro? Sí. Durante este mes me ha visitado muchas veces. ¿Usted no le ha visto más?

GONZALO No hubo para qué. Envió una tarjeta a la jefatura por si necesitaba alguna nueva declaración suya, con las señas del Hotel Español, que está aquí al lado...

BLANCA Pues cuando vuelva usted a verle, no le va a conocer. Ya no es aquel bagabundo, sino un joven de porte distinguido; de un carácter enérgico y reflexivo como pueda tener cualquier hombre.

GONZALO ¿Y a qué obedece tan rápida transformación? Indudablemente a las bondades de usted.

BLANCA He hecho lo que debía, amigo mío. Según el mismo Doctor, si mi hija hubiera estado encerrada algunos minutos más en aquella caja, ya no había

remedio para ella. Así, que, después de Dios y la ciencia, yo debo la vida de mi Estrella a Fígaro; porque sin él, esos minutos hubieran pasado, terriblemente, acabando de amargar mi existencia; ¡no quiero recordarlo! ¡Qué horror!

GONZALO Afortunadamente no ha sido así. Y desde luego que ha procedido usted bien, dispensándole su protección. A mí me interesó con su historia y su carácter franco y jovial, evocando en mí recuerdos tristes... Y para completar la buena obra de usted y también por propio impulso de simpatía, veré de proporcionarle algún destino que afiance su porvenir y le aparte del ócio, tan nocivo para la juventud.

BLANCA Muestra gran disposición para la carrera de usted. Nada ha estudiado, pero debe haber leído mucho porque se expresa como un abogado. Y le pasa algo así como a don Quijote, que se trastornó con libros de Caballeros Andantes. A él le trastornan también las aventuras de los Detectives célebres. ¡Y hay que oir cómo las relata y los juicios que emite sobre los hechos más culminantes! (*Viendo llegar a Lola*). No he llamado.

ESCENA 2.ª

Blanca. Estrella. Don Gonzalo y *Lola* que entra. A poco *Don Porfiirio.*

LOLA Es que he visto llegar al señor Juez.

BLANCA Bien. Acompáñalo y no estoy para na-

die; pero si viniera el señorito Fígaro, que espere y me avisas.

LOLA El señorito Fígaro vino un instante después que don Gonzalo y al saberlo no quiso que le anunciara por no interrumpir a ustedes y se marchó.

ESTRELLA ¡Haberme llamado a mí! ¿No sabes que tengo que enseñarle la muñeca? (*Incomodada*).

BLANCA Bien, ya volverá. Dame un beso y ve a esperarlo al jardín, con Lola.

ESTRELLA (*Saliendo*). ¡Mira que eres tonta!

GONZALO ¿Qué le traerá aquí a don Porfirio? ¿Querrá hacer un nuevo escrutinio en las habitaciones del Mayordomo?

BLANCA No es fácil: quedó satisfecho de que ni en ellas ni en toda la casa se encontraba el dinero.

PORFIRIO ¿Se puede pasar?

BLANCA Adelante, señor Juez. (*Se levantan*).

PORFIRIO No. Ahora no es el Juez quien viene, mi estimada señora; es el amigo, que desea enterarse del estado de su salud.

BLANCA Muchas gracias.

PORFIRIO ¿Cómo le va don Gonzalo?

GONZALO Bien y a su disposición.

PORFIRIO Igualmente. (*Se sientan*). Ya he visto a la pequeña tan alegre y juguetona como si nada le hubiera pasado. Me alegro en el alma, doña Blanca.

BLANCA Gracias, gracias don Porfirio.—¿Y todo lo mismo?

PORFIRIO No, señora, peor. Cada día más embrollado el asunto. Y una de dos: mis facultades intelectuales se han entorpecido o el ladrón es hombre hábil por excelencia. ¿Y cómo luchar con

lo invisible? En ninguna de mis causas he necesitado de la ayuda de nadie pero en ésta me voy creyendo vencido y salvo la opinión del señor Jefe Político creo que debiéramos buscarla en algún buen Detective.

BLANCA ¡ Sí, sí ! ¡ Hay que intentarlo todo, don Gonzalo! Eso no ha de rebajar a usted en nada...

GONZALO No me opongo. Mis subordinados y yo hemos hecho todo lo que se ha podido; ha sido infructuoso: ¿por qué había de tomar a mal que otra persona nos ayudara a cumplir nuestra misión? ¿No es justicia lo que todos queremos? Pues que venga sea por donde fuere. ¿Y en ese caso, don Porfirio, ¿qué piensa usted hacer con el Mayordomo?

PORFIRIO Ya veremos. Si no hubiera sido por aquellas manchas de sangre ya habría decretado su libertad provisional, pero... no lo creo prudente. Supongamos que resultara culpable y que al verse libre sacara el dinero ¡ del infierno o donde lo hubiera guardado ! y desapareciera; ¿qué papel habría hecho yo? Por otra parte ¿qué explicaciones da que puedan interesarnos en su favor? Cada pregunta que se le dirige la acoge como una ofensa y en vez de contestar a ella se desata en improperios... Hay que esperar que se aplaque y mientras, ver lo qué hacemos.

BLANCA Pero... aquí entre nosotros... ¿usted cree en su culpabilidad o no? con franqueza.

PORFIRIO — Pues la verdad es, que mi conciencia le juzga inocente y mi deber culpable. Y esa es mi lucha. En esta situación no me atrevería a condenarle, pero tampoco a absolverle. Confiemos en que todo se irá aclarando a fuerza de paciencia y de trabajo. Recuerde, amigo mío, lo que me dió que hacer el asunto de usted hace algunos años y sin embargo desenredé la madeja.

GONZALO — ¡Pero no recuperé a mi hijo!

BLANCA — ¿Cómo, don Gonzalo? ¿A usted le le afligen penas atrasadas y nada sabíamos?

GONZALO — ¿Y quién no las tiene en este mundo, hija?

BLANCA — ¿Pero tan amigo de mi Rodolfo y guardaba usted secretos con él?

GONZALO — No son secretos lo que fué del dominio público; pero se trata de otros tiempos y otras tierras y de cosas que ya pasaron y que me entristece recordar. Y como para tristezas tenemos bastantes con las de usted, hechemos un velo sobre el pasado y ocupémonos solamente del presente y del porvenir.

BLANCA — Como usted guste. (*Viendo asomar al Ayudante*). ¿Qué pasa?

ESCENA 3.ª

Dichos, el *Ayudante*. Después *Fígaro* disfrazado con barba y cabellos blancos como la nieve y lentes de color.

AYUDANTE — Se ha presentado un caballero anciano, de venerable aspecto, pretendiendo hablar con la señora. Siguiendo las

instrucciones que me ha dado su doncella le he dicho que no podía usted recibirle, pero que dejara tarjeta manifestando el objeto de su visita y tuviera la bondad de volver. Y me ha obligado a pasarla a usted recado diciéndome que es asunto urgente y de interés, relacionado con el proceso del General.

BLANCA ¿Ha dicho su nombre?

AYUDANTE Me dijo que era inútil por ser desconocido.

BLANCA ¿Qué les parece a ustedes?

GONZALO Que le reciba en presencia nuestra, sin presentarnos.

PORFIRIO Puede ser conveniente.

BLANCA Pues hágale usted pasar. (*Sale el Ayudante*).

GONZALO Tal vez, enterado por los periódicos de la recompensa ofrecida, pretenderá datos... y quizá algún anticipo. Vaya usted con cuidado.

BLANCA Lo tendré en cuenta.

FÍGARO (*Presentándose*). La señora viuda de Salcedo?

BLANCA Servidora. (*Se levantan*). Pase usted adelante.

FÍGARO Veo que no se halla usted sola y sentiría haber sido importuno, pero mi buena intención, disculpe mi atrevimiento. Tengo el honor de ponerme a sus pies y saludar a estos señores.

BLANCA Son amigos de confianza; puede usted hablar sin reparo delante de ellos. Tome usted asiento.

FÍGARO Gracias. (*Se sientan*). Ante todo ruego a usted que no forme concepto al-

guno desfavorable para mí, suponiendo que soy algún aspirante a la recompensa que ha prometido a quien descubra al asesino del General. Estudiado detenidamente el asunto e impuesto de la natural indecisión de los tribunales, que ignoran el camino que deben seguir porque la habilidad del ladrón los ha encerrado en un círculo muy reducido, no he podido contener los impulsos de mi corazón y he decidido trabajar por cuenta propia en el descubrimiento del crimen.

BLANCA ¿Y tiene usted alguna esperanza de salir airoso?

FÍGARO Por el pronto puedo salvar a un inocente que se halla detenido sin causa justificada y con ello haber dado alguna luz para buscar otra camino.

BLANCA ¿Don Antonio?

FÍGARO Sí, señora.

PORFIRIO ¿Qué dice usted? ¿Sin causa justificada? ¡A ver! Tenga usted la bondad de aclarar eso.

FÍGARO A ello voy. No sé si usted estará tan bien enterado como yo, de los trámites seguidos en ese proceso, por el Juez que entiende en la causa...

PORFIRIO ¡Ya lo creo! Perfectamente enterado. Siga usted...

FÍGARO Pues... aunque se trata de un magistrado que sabe inspirar confianza en el público desde los primeros momentos, por su pericia y la habilidad que demuestra en interrogar, en este caso su buena fe ha sido víctima de un error. Y voy a demostrarlo. La de-

tención del Mayordomo, no obedeció a las sospechas que pudieran recaer sobre él, por efecto de las primeras declaraciones recogidas, porque en tal caso habrían sido detenidas también otras personas que se hallan en las mismas circunstancias sino porque las ropas de dicho sujeto presentaban unas manchas de sangre que llamaron la atención del Juez, tomándolas como prueba plena.

PORFIRIO ¡Es natural!

FÍGARO Lo parece: pero no lo es. Porque usted ignora, como lo ignora todavía el digno funcionario público de que se trata, que el Mayordomo lucía su librea cuando entró en el despacho de su señor; y al recibir de éste el aviso de que había de acompañarle al Banco a hacer el depósito del dinero, pasó inmediatamente a su habitación a ponerse el traje de calle en el cual se hallan las manchas. Si estas manchas hubieran sido salpicaduras delatoras de un crimen, se hubieran encontrado en la librea; pero como no son sino pruebas de afecto recogidas del cadáver de su señor al estrecharle en sus brazos, se encuentran en las ropas que cambió después de haberse cometido el crimen. (*Muestras de asombro*).

PORFIRIO Si es así... ¿Pero cómo sabe usted ese cambio de trajes?

FÍGARO Es el fruto de mis primeros trabajos. Lo sé, a fuerza de preguntas, que hice ayer al Ayudante de cámara del

General; lo corroboré con el testimonio de todos los criados de la casa y por último acabé de cerciorarme en la cárcel hablando con el mismo don Antonio.

PORFIRIO ¿Pero ha podido usted hacerle hablar?

FÍGARO ¡Sí, señor! Me fingí un abogado que deseaba defenderle y en seguida me contestó a todo lo que me pareció bien preguntarle. Y les aseguro a ustedes que ese buen señor es tan ageno al delito como lo somos nosotros cuatro.

PORFIRIO ¿Y por qué al interrogarle no me hizo en seguida tan importante aclaración?

FÍGARO ¿Al interrogarle?... ¿Usted?...

BLANCA El señor es el Juez de quien usted habla.

FÍGARO ¡Qué sorpresa! Me alegro mucho.. Pues contestando a su pregunta debo decirle a usía...

PORFIRIO Suprima el tratamiento.

FÍGARO Gracias: pues debo decirle que la acusación de usted hecha a boca de jarro al notarle las manchas en el chaleco, exaltó su cerebro, ofuscando sus facultades intelectuales; y no sólo no se dió cuenta en el momento aquel, sino que tal vez no se la hubiera dado nunca.

BLANCA Acaba usted de proporcionarme una gran satisfacción, ¡pobre don Antonio!

PORFIRIO Veamos... (*Se levanta y toca un timbre*).

GONZALO Felicitamos a usted y le deseamos nuevos triunfos en beneficio de todos.

(El Juez subió al fondo. Sale el Ayudante y hablan aparte).

FÍGARO Gracias.

BLANCA Me hace usted concebir esperanzas...

FÍGARO Dios nos ayudará, señora. *(Se retira el Ayudante).*

PORFIRIO Dijo usted verdad. El ayuda de cámara asegura que el Mayordomo vestía la librea cuando entró a ver al General y que un instante después que él, acudía a las voces de doña Blanca, con el traje cambiado; y que abrazó el cadáver. Caballero, ha prestado usted un servicio muy importante a la causa.

BLANCA Que estoy dispusta a recompensar...

FÍGARO Y yo obligado a trabajar desinteresadamente en este asunto.

BLANCA ¿Por qué motivo?

FÍGARO Es un secreto.

BLANCA Perdone usted.

GONZALO No extrañe que se niegue a aceptar, pues quien renuncia a una recompensa probable de tantos millones, demuestra ser inmensamente rico.

FÍGARO Se equivoca usted. No disfruto de nada mío. Sólo tengo la protección de un ángel.

BLANCA ¿De un ángel?

FÍGARO Si hay ángeles en la tierra, la persona que me proteje es uno de ellos; no lo duden ustedes. Espero que muy pronto mi propio esfuerzo me pondrá en condiciones de no serle gravoso por más tiempo; pero, agradecido, después lo mismo que ahora, tendrá siempre a su disposición mi pobre ingenio.

Sin embargo, desaría un favor de usted.

BLANCA Si está en mi mano...

FÍGARO Creo que sí. Como en la empresa que voy a emprender, he de tropezar seguramente con serias dificultades y necesito ancho campo para mis operaciones, desearía alcanzar la placa de Detective a fin de poder recabar la ayuda de las autoridades si fuere menester. Y como no tengo el gusto de conocer al jefe de policía... y eso no se concede a cualquiera... quisiera que usted interpusiera su influencia o la de sus amigos para ver de conseguirla.

BLANCA El señor es el Jefe Político.

FÍGARO ¡Otra sorpresa! Celebro...

GONZALO ¿Y quién la pretende? Porque hasta ahora no se ha dignado usted...

FÍGARO (*Quitándose los postizos y lentes*). Servidor.

ELLOS ¡Fígaro!

GONZALO Usted sí que nos ha dado la sorpresa.

FÍGARO Hagan ustedes cuenta de que soy el mismo, pues el otro hablaba por mí. Ha sido éste, mi primer ensayo en el disfráz, cosa tan necesaria a los Detectives y veo que me ha salido bien.

GONZALO ¿Pero ha descubuerto usted alguna pista?

FÍGARO Tal vez. Hasta ahora no es más que una ilusión y no puedo hablar de ella mientras no la vea convertida en realidad. Y como me vieron entrar, han de verme salir los criados. (*Se transforma otra vez*). Perfectamente.

ESCENA 4.ª

Los mismos, el *Ayudante* y en seguida *don Ricardo* sin la barba y bigote y desfigurado el rostro.

AYUDANTE Don Ricardo del Valle desea ofrecer sus respetos a la señora.

FÍGARO ¿Don Ricardo del Valle? ¿No es ese señor el ingeniero constructor de este palacio, que estuvo de visita con el General el día que ocurrió el crimen?

BLANCA El mismo; ¿no le conoce usted?

FÍGARO Nada más que por referencias del proceso. Pero aprovecharé esta ocasión.

BLANCA Que pase el señor del Valle. (*Sale el Ayudante*).

FÍGARO ¿Le ha visitado a usted ese caballero alguna otra vez desde aquel día?

BLANCA No. Solamente recibí un billete dándome el pésame cuando se enteró de la desgracia ocurrida y anunciándome su visita para más tarde por no molestarme en momentos tan críticos.

AYUDANTE El señor del Valle. (*Entrando. Se retira*).

RICARDO ¿Hay permiso?

BLANCA Adelante, don Ricardo. Los amigos de mi Rodolfo serán siempre bien recibidos por mí. Pero ¿qué le ha ocurrido a usted?

RICARDO Un pequeño accidente como en mi carta le decía, que no vale la pena de relatar. Mi afición a la química ha sido la causa: ensayaba los efectos de un nuevo gas que tengo en estudio y que ha de reportar grandes

economías al consumidor, cuando de pronto estalló el transmisor y salió con fuerza una llamarada que por fortuna sólo me quemó barba y bigote. Y usted veo con placer que se halla relativamente tranquila y conformada.

BLANCA Ya puede usted suponer lo que habré sufrido..

RICARDO Sí, me hago cargo. Pero a la tempestad sigue la calma. Y tras un peligro grande es cuando se siente más el cariño a la vida: ya supe que la vida y la razón de usted sufrieron ese peligro ante las rudas emociones que una mano criminal le hizo sentir. ¡Qué infamia, señores! ¿Y nada se adelanta en las pesquisas que se llevan a cabo para buscar al asesino? La recompensa ofrecida no puede ser más tentadora: les aseguro a ustedes que a pesar de lo feo que es el oficio de delator, si me llego a tropezar con el protagonista de ese drama, le delato. ¿Y no hay todavía pista ninguna?

BLANCA No, por desgracia.

RICARDO ¿Tras el hecho no ha desaparecido de la casa ninguno de los criados?

BLANCA Ninguno. ¿Supone usted?...

RICARDO Suponer, nada. Pregunto, para deducir... Y de mis deducciones, que coinciden exactamente con la opinión pública, saco en consecuencia, que no habiendo entrado en la casa ninguno de fuera, después que yo salí dejando sin novedad a S. E., es forzoso que el hecho lo haya llevado a efecto al-

guno de adentro. Si yo soy el Juez, no me contentaba con prender al Mayordomo: meto en la cárcel a toda la servidumbre.

FÍGARO Y yo al Juez en un manicomio.

RICARDO Son apreciaciones, caballero.

FÍGARO Pero la mía es ésta: supongamos como usted aprecia, que el criminal es uno de los criados de la casa, lo que no creo porque hubiera sido reconocido por la niña... pero, en fin, suponiéndolo así, ¿por qué si el criminal es uno se ha de molestar y ofender a los demás? ¿Le hubiera gustado a usted que por haber estado con S. E. momentos antes del asesinato le prendiesen?

RICARDO ¡Hubiera sido una arbitrariedad!

FÍGARO ¡La misma que la de prender a todos los que usted dice! ¿o porque pertenecen al pueblo no tienen derechos? (*Con fuerza*).

RICARDO Nada, nada. Me someto a su lógica. (*Aparte*). (¿Quién será? Sus cabellos son postizos...).

FÍGARO (*Idem*) (Tiene en su cara los rasgos característicos de la osadía y el cinismo).

GONZALO Y aquí tenemos al Juez tan absorto, como yo, ante lo que está oyendo...

PORFIRIO ¡Y es para estarlo! Sí, señores, es para quedar absorto y hasta para volverse loco! Pero yo soy de los que no ceden como lo tengo bien demostrado: y se aclara este misterio o cuelgo la toga. Amigo mío, cuanto antes hay que nombrar Detective.

GONZALO Sí. No veo otro medio.

RICARDO Les deseo acierto en la elección porque sería un dolor que quedara impune tan atrevido golpe. Por más que si resulta ser el asesino un extraño, ¡Dios sabe dónde se encontrará ya!

FÍGARO O según quien fuere, no le habrá convenido huir por no delatarse él mismo. Y como aquí no podrá disfrutar descaradamente de los millones, por no llamar la atención, debe estar nuestro hombre trinando de rabia hasta arrancarse los cabellos.

RICARDO Si no los lleva postizos.

FÍ*garo* ¡Es claro! (Esa va por mí).

RICARDO (Ese hombre sospecha... ¡Alerta Ricardo!) Yo confieso que siento alguna prevención contra la servidumbre y tal vez les pareceré a ustedes injusto, ¡pero estoy tan escarmentado!... Si supieran lo que me ocurrió en Santiago de Chile hace algunos años con un criado infiel, se aterrorizarían ustedes.

GONZALO (¿En Santiago de Chile, hace años?). ¿Algún suceso sangriento?...

RICARDO ¡De todo hubo! Pero es historia triste y la verdad... no creo prudente, ni siquiera galante, renovar heridas en el corazón de esta señora, puesto que el caso es bastante parecido al que le ha ocurrido a ella.

GONZALO ¡Ah!... ¿Parecido?... ¡Hombre! Ha excitado usted mi curiosidad de un modo... pero tiene usted razón, no es ocasión ahora.

RICARDO Doña Blanca, con el permiso de usted

y de estos caballeros, me voy a despachar algunos asuntos urgentes.

BLANCA (*Toca el timbre*), Adiós don Ricardo, hasta la vista.

RICARDO Señores...

GONZALO Acompaño a usted si me lo permite. (*Entra el Ayudante*).

RICARDO Con mucho gusto. Honrará usted mi casa. Adiós.

FÍGARO Servidor suyo.

GONZALO Blanca, hasta mañana.

PORFIRIO También me ausento. Señora...

BLANCA Adiós, don Porfirio. Don Gonzalo, que no deje usted de venir...

GONZALO Si quiere Dios... (*A Fígaro, dándole la mano*). Le espero por la oficina... (*Salen Ricardo y Gonzalo*).

FÍGARO Iré. Señor Juez...

PORFIRIO A las órdenes de ustedes. (*Sale también*).

ESCENA 5.ª

Blanca. Fígaro. Enseguida el *Ayudante.* A poco, el *mismo* que trae un retrato con marco de lujo, envuelto. Después *Lola* y *Estrella.* Luego otra vez el *Ayudante* con un martillo y unos clavos.

BLANCA (*Fígaro se quita los postizos, guardándolos en los bolsillos. Conmovida, estrechándole la mano*). ¡Gracias, Fígaro!

FÍGARO Señora... ¿Y mi Estrella? Perdone usted, pero puedo llamarle así; es la estrella a cuya luz he descubierto el sendero con que soñaba. No sé si por él iré a despeñarme al infierno o si me

remontará al cielo, pero juro a usted que lo recorreré hasta el fin, sin vacilar.

AYUDANTE Señora. Ahí está un mozo que trae un encargo del señorito Fígaro, para la niña. ¿Pero está usted aquí?

FÍGARO Ya lo vé usted. No se preocupe por ello y traiga el encargo; está pagado.

AYUDANTE En seguida. (*Sale*).

BLANCA ¿Algún otro juguete?

FÍGARO No; es cosa más seria. Un recuerdo para el porvenir. He querido que Estrellita conserve un buen retrato de su padre y mandé hacer esa reproducción por uno que publicó la «Revista Ilustrada» con la biografía de S. E.

BLANCA Lo tengo. ¿Está bien reproducido?

FÍGARO A la perfección. Ayer quedó terminado y lo llevé a que le pusieran el marco.

AYUDANTE (*Entrando*). Aquí está.

BLANCA ¡Oh! ¡Qué parecido tan perfecto! ¡Mi Rodolfo!...(*Muy impresionada*). Gracias, Fígaro. (*Entran Lola y Estrella. Esta corre a besarla*). ¡Mira ¿Quién es?

ESTRELLA ¡Ay! Mi papá. ¡Pobrecito papá!... (*Besándolo*).

FÍGARO ¿Le parece a usted que lo fijemos en esta misma sala, que fué su despacho?

BLANCA Sí, como usted quiera, Fígaro. (*Siempre contemplando el retrato*).

ESTRELLA (*Muy alegre*). ¡Pero si estás aquí... (*Corre a besarle*).

FÍGARO José, traiga un martillo y clavos. (*Sale el Ayudante. A Estrella*). ¡Ven!

Dale otro beso... (*De la mano la conduce hasta su madre*). Y otro a Mamá... Y ahora verás como lo colgamos de la pared para que puedas verlo siempre. (*Le toma el cuadro y lo deja sobre una silla*).

ESTRELLA ¡Sí, sí!

BLANCA Puedes retirarte. (*A Lola que sale*).

FÍGARO Escúchame Estrella. Al venir, no has visto a don Gonzalo que se marchaba con otro señor?

ESTRELLA Sí; me ha besado.

FÍGARO ¿Y el otro señor te ha besado también?

ESTRELLA No; me miró y me hizo así con la mano... (*Ademán de Adiós*).

FÍGARO ¿Y a ese no le conoces? ¿No le has visto nunca?

ESTRELLA No.

AYUDANTE (*Entrando*). Aquí tiene usted. Si quiere, yo mismo...

FÍGARO ¡No! Deje eso ahí y váyase. (*Sale el Ayudante*). Y dime... ¿Ese no se parece a aquél hombre tan malo que te encerró en la caja?

ESTRELLA No. Aquel tenía una barba negra y unos ojos muy furiosos...

FÍGARO Si no recuerdo mal, dijo el señor del Valle que se había quemado su barba en no sé qué accidente...

BLANCA Así dijo.

FÍGARO ¡Qué casualidad!

BLANCA ¿Pero sospecha usted de él?... (*Nerviosa ya*).

FÍGARO Puedo engañarme...

BLANCA ¡Fígaro! (*Exaltándose*).

FÍGARO Pues, bien, sí, sospecho de ese hombre.

BLANCA ¡ Dios mío! ¿Pero no ha sido admitida su inculpabilidad?

FÍGARO Sí. Pero también fué admitida la culpabilidad de don Antonio y es inocente.

BLANCA ¡ Si se hiciera un registro en su casa...

FÍGARO No. No hay que espantar la caza... Me parece muy astuto ese hombre para que se deje sorprender así. ¡ Ni una palabra de esto, Blanca! ¡ Ay!... perdón... doña Blanca.

BLANCA No importa; llámeme usted así, Blanca: como a una hermana.

FÍGARO En la ofuscación...

BLANCA ¿Pero por qué esas sospechas?

FÍGARO Las tenía antes de conocerle, por la marcha del proceso. Y después, han tomado tal cuerpo, que no he podido dejar de manifestarlas. ¡ Pero a usted solamente! A nadie más. Cualquier indiscreción podría destruir mis planes. Precisa una habilidad grande, tan grande o mayor que la demostrada por el criminal o todo es inútil.

BLANCA ¿Qué piensa usted hacer?

FÍGARO Es preciso espiarle muy de cerca. Intentaré entrar a su servicio: si lo consigo, lo demás no será difícil. El no me conoce...

BLANCA Pero si sospecha algo y es él el monstruo, la vida de usted corre gran peligro...

FÍGARO ¿Y qué importa mi vida?

BLANCA ¡ Fígaro!...

ESTRELLA — A nosotras sí nos importa. Te queremos mucho porque eres muy bueno.

FÍGARO — ¡Yo a tí también, con toda mi alma! Y por eso quiero vengarte. ¿Dices que me quieres? pues eso es lo que necesita mi corazón, ¡mucho cariño! Pero es preciso merecerlo y yo aun no soy digno de él.

ESTRELLA — ¿Pues no salvaste mi vida?

FÍGARO — ¡Todavía es poco!

ESTRELLA — Bueno, pues cuelga el retrato de papá y será bastante.

FÍGARO — Voy a complacerte al momento. (*Toma el martillo y escoje un clavo*).

BLANCA — (Hermoso corazón). (*Fígaro llega hasta la pared, junto a la puerta secreta*).

ESCENA 6.ª y última

Blanca. Fígaro. Estrella y el *Ayudante* con una carta, en una bandeja.

AYUDANTE — Un criado del señor del Valle acaba de traer esta carta. (*La entrega y se retira*).

BLANCA — Es muy extraño... (*Fígaro iba a clavar, pero al oir el anuncio se vuelve, sorprendido*). (*La abre y lee en alta voz*). «Señora: próximo a partir para Europa, donde me llaman los nuevos inventos propios de mi carrera, que debo conocer, he estado a visitarla creyendo poder obtener una entrevista a solas. No ha sido así y aunque estos momentos no sean los más oportunos, no quiero marchar sin abrirla mi corazón y hacer a usted una pregunta para el porvenir. El luto de

usted he de pasarlo ausente. Yo la amo a usted en silencio hace mucho tiempo. ¿Me acepta usted como padre de su hija para dentro de un año?—Valle.»

FÍGARO ¡Miserable!...

BLANCA (*La carta le ha producido un efecto muy extraño: primero demuestra solamente exaltavión; después ira grande*). ¡No es posible que ese hombre sea culpable! ¡Fígaro, los presentimientos de usted, deben ser completamente infundados!

FÍGARO Es posible... (*Confundido: cree que Blanca defiende a Ricardo*).

BLANCA ¿Podría caber tanta maldad en un sólo corazón? Todo tiene su límite y la monstruosidad no puede llegar a tanto. ¡Fígaro, ahora más que nunca, a cualquier precio incluso mi vida, necesito saber si ese hombre es o no el asesino de mi esposo! ¡Si es inocente, para despreciarlo! Si culpable... ¡qué sé yo! ¡¡Beber su sangre me parecería poco!!

FÍGARO (*Con alegría inmensa. Aparte. Rapidez hasta el fin*). (¡Creía que el mundo se desplomaba sobre mí!).

BLANCA ¿Has oído, Fígaro?

FÍGARO ¡Sí! ¿Pero cómo?... (*Desesperado*).

BLANCA ¡Qué sé yo! ¡Trabaja, y confía en Dios.

FÍGARO ¡El me inspire!

ESTRELLA (*Impaciente*). ¿Pero clavas o no clavas?

FÍGARO ¡Sí, alma mía! (*Coloca el clavo encima del resorte que abre la puerta se-*

creta, da un golpe de martillo para clavarlo (que se oiga el ruido del golpe) y se abre aquélla).

BLANCA ¡Ah! (*Viendo la puertecilla abierta*).

FÍGARO ¡Jesús!

BLANCA ¿Qué es ésto?

FÍGARO ¡Una revelación del cielo! (*Ante la sorpresa se le ha caído al suela martillo y clavo*). ¡Por aquí debió entrar el asesino! ¡Por aquí salió y por aquí he de ir yo en su busca! ¡Hemos invocado a Dios y nos ha abierto el camino!

BLANCA ¡Ese no! ¡Me da horror! ¡No, Fígaro, no entres ahí! ¡¡Parece la puerta del Infierno!!

FÍGARO ¡No! ¡La ha abierto Dios y El habita más arriba!!

(Sin sombrero, como está, se precipita por la puertecilla, cuyo fondo es muy obscuro).

TELÓN RÁPIDO

FIN DEL SEGUNDO ACTO

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Gabinete-despacho en el Chalet de Don Ricardo. Mesa escritorio, Teléfono, Sillón, Timbre, etc. Una sola puerta y un balcón abierto por donde se vé el bosque. Uua puertecilla secreta, lejos de la de entrada. Y se supone que hay otra en un ángulo, que no se vé; puede ser detrás del último término o bastidor de la izquierda del actor: la secreta que juega, en primer término del mismo lado; el balcón al foro y la puerta de entrada en la derecha. El sillón de la mesa, junto a la puertecilla secreta.

ESCENA 1.ª

Entran *Ricardo* y *Gonzalo*. Después el *Criado* de don Ricardo.

RICARDO — Tenga usted la bondad de sentarse y tomar posesión de esta humilde morada.

GONZALO — No tan humilde. La fachada del Chalet es admirable y digna de la mano que ha construído el palacio de Salcedo; sus jardines, que lindan con los del palacio por un lado y con el bosque por el otro, tienen una perspectiva muy hermosa y cierto aspecto de grandeza...

RICARDO — Sí, el sitio está bien escogido.

GONZALO — ¡Ya lo creo! Lo más bonito de los alrededores de Buenos Aires.

RICARDO — ¿Me dispensa usted una libertad? Es Cosa de un momento...

GONZALO — No faltaba más.

RICARDO — He de enviar dos letras, con urgen-

cia; en seguida me pondré a sus órdenes. (*Escribe*).

GONZALO No se apresure. Escriba con tranquilidad, que no hay prisa. (*Escribe Ricardo la carta que leyó Blanca. La encierra en un sobre, toca el timbre y pone el sobre*).

RICARDO Ya terminé.

GONZALO Muy pronto.

RICARDO Sí, es una carta lacónica, pero de mucha importancia para mí. (*Entra el Criado*). A donde va dirigida, al momento. (*Sale el Criado*). Completamente a su disposición. ¡Ah, una pregunta! ¿Quién es aquel caballero de cabellos plateados que acabamos de dejar en casa de doña Blanca y que tan bien discute?

GONZALO Desconocido para mí completamente. ¿Por qué?

RICARDO Parece tener cierta confianza en la casa y es muy extraño que siendo usted íntimo del General y su viuda, no sepa con quién estaba hablando.

GONZALO Pues más extraño le parecerá a usted que Blanca tampoco le conozca. Se ha presentado en la casa con intención de demostrar la inocencia del Mayordomo del General y parece ser que el Juez ha quedado convencido de ello.

RICARDO Pues le recomiendo a usted a ese individuo por misterioso ya que no me atreva a decir por sospechoso, pues le aseguro a usted que iba disfrazado y por lo tanto el misterio existe. Lo demás ya es cuenta de usted.

GONZALO Me deja pasmado la penetración de usted, amigo don Ricardo. Le observaremos y procuraré aclarar el misterio.

RICARDO ¡Y quien sabe!... A veces la casualidad proporciona lo que no se encuentra buscando... ¿No le parece que puede caber complicidad en el empeño de defender a quien no se defiende?

GONZALO Ya veremos. Eso es cuenta del Juez. Hablemos del asunto que tanto ha excitado mi curiosidad hace poco, en casa de Blanca. Dijo usted que hace años le ocurrió en Chile...

RICARDO ¿Acaso se encontraba usted allí, por aquel tiempo? ¿Se enteró usted del suceso?

GONZALO Cuando ocurrió un caso que guarda alguna relación con el que ha pasado aquí hace un mes, yo no estaba en Santiago, desgraciadamente. Pero llegué cuando había ocurrido y estaba enterrada la mujer, víctima del puñal de un asesino que no se pudo encontrar y cuando había desaparecido un niño de cinco años y una fuerte suma en monedas de oro que poseía la infeliz.

RICARDO Justamente. Era su dote que conservaba intacta porque su esposo le mandaba para vivir. Este era un jefe del ejército chileno complicado en una sublevación que fracasó y que pudo salvar el pellejo fugándose. Ocurrió esto cuatro años antes. Transcurrido este tiempo salió elegido como nuevo Presidente de la República el Ge-

neral mismo que se había pronunciado en la citada fecha y que también se hallaba fugitivo. Y al volver,, a tomar posesión, fueron regresando los que por él se sublevaron y habían logrado escapar; uno de ellos, el marido de la víctima.

GONZALO ¿Usted le conoció?

RICARDO No. Hacía solamente dos años que esestaba en Santiago y él había ya emigrado. Y como por aquellos días terminaba la misión que me llevó a Chile, salí de aquella República antes de que hubiera regresado él.

GONZALO ¿Pues cómo supo usted su regreso?

RICARDO Porque visitaba a su esposa y leí la carta en que le anunciaba su regreso.

GONZALO (¿Qué estoy oyendo?) Si no fuera porque es distinto el nombre, supondría por lo que oigo que usted es aquel joven que jugó en el proceso y del que se decía si era o no el amante de aquella mujer.

RICARDO No tengo interés en ocultarlo. Pero en honor a la verdad, debo decir que ese extremo es completamente falso; no negaré que me gustaba y que la pretendí, pero puedo asegurar que era tan virtuosa como bella y nada pude conseguir. En cuanto al nombre... cosas de jóvenes, allí me presenté con otro y por eso...

GONZALO Ya. (Préstame calma, Señor!...) Pues al llegar yo y enterarme de todo, oí asegurar que el marido creyendo en la infidelidad de su mujer sólo lloró la pérdida de su hijo.

RICARDO Así sufriría menos el pobre. Pero lo que he dicho es la verdad pura.

GONZALO (Perdóname, Elena!)

RICARDO Y vamos al caso, que es demostrar la infamia del criado que dije a ustedes y que es la causa de mi prevención contra ellos; porque, no lo dude usted, cada sirviente es un enemigo acérrimo de su amo. Pues bien, abreviando la verídica historia que le estoy narrando, sólo añadiré que mi dichoso criado arregló las cosas de manera que siendo él el ladrón y asesino de Elena de Castro, hizo recaer sospechas sobre mí a fin de ganar tiempo y fugarse tranquilamente; lo que hizo llevándose al infeliz niño. ¡Ya ve usted qué infamia! Cierto que el chiquillo tenía una lengua... ¡todo lo charlaba! y acaso por evitar que diera detalles, se lo llevaría... y quién sabe lo que haría con él, porque de un corazón empedernido, poco bueno se puede esperar!—En cuanto a mí, apenas me molestó porque la fuga de Ramos demostró claramente su culpa y el Juez lo sentenció. ¡Pero pudo darme un disgusto.

GONZALO Sí, conocí el resultado del proceso; es exacto a lo que usted refiere. Pero encuentro muy extraño que el criado de usted estuviera enterado de que existiera en aquella casa el oro que motivó su codicia y la muerte de aquella infeliz madre!

RICARDO Confidencias entre criados... todo se lo cuentan... y por ellos trascienden fue-

ra de casa, muchas veces, asuntos privados que nadie debiera conocer.

GONZALO Pero convendrá usted conmigo en que la causa de todo fué usted. Sin su mediación no se hubieran puesto en contacto los criados y no hubiera sucedido nada!

RICARDO Casualidades... ¿quién iba a preveer los resultados? De nada tengo que acusarme; vi una mujer hermosa, me gustó; busqué quien me presentara, se me recibió; la enamoré y me desdeñó. En lo demás nada tengo que ver y esto pasa todos los días.

GONZALO ¿Y nada ha vuelto usted a saber de Ramos?

RICARDO Absolutamente nada; como si se lo tragara la tierra.

GONZALO (Se han renovado mis heridas, pero he comprobado la inocencia de mi Elena!).

RICARDO Parece que le ha impresionado mi relato. Se ha quedado usted pensativo. Ya ve cómo hubiera sido una imprudencia hablar de ello en presencia de de Blanca.

GONZALO Cierto. Y, como ya dijo usted, el hecho es análogo a la desgracia que la aflije; tanto, que ambos crímenes parecen perpetrados por una misma mano.

RICARDO ¡Coincidencias! (*Suena el teléfono*). con permiso. (*En el aparato*). ¿Quién habla?—¿Usted, señora? ¿Recibió mi carta?—¡Ah! muy bien, esperaré.—Sí, todavía se halla aquí: ¿es que ocurre algo?—Enseguida». Acérquese al aparato, que le llaman a usted.

GONZALO ¿Quién? (*Acercándose y tocando el timbre*).

RICARDO Blanca.

GONZALO «—Sí, yo; su amigo Gonzalo en persona. ¿Qué hay?—¡Qué dice usted!—¡Voy volando! (*A Ricardo*). Con su permiso: me llama con urgencia.

RICARDO Acompaño a usted hasta la verja. (*Salen*).

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Telón corto: pasadizo obscuro y estrecho, subterráneo. Una entrada a la izquierda del actor por donde vino Fígaro; al otro extremo la salida se divide en dos caminos.

ESCENA 2.ª

Entra *Fígaro* con precaución explorando terreno y muros. Lleva una linterna eléctrica, de mano, que apaga y enciende oportunamente.

FÍGARO ¿Otra vez vuelve a dividirse en dos el pasadizo? Cuidado Fígaro con el camino que sigues y adelante, que todo tiene fiin. Esto es un verdadero laberinto. (*Avanzando*). parecen voces apagadas lo que oigo... ¡Sí! ¡Han dicho «Blanca»! Me parece escuchar ahora la voz de don Gonzalo... Ya no se oye nada. ¿Dónde puedo estar? El camino al principio era pendiente; luego, de subida; y me parece haber subido más de lo que bajé. Por la dirección seguida debo haber llegado a la quinta del ingeniero. Al otro lado de este muro hablaban... ¿habrá alguna puerta? (*Examina bien*). Nada. No veo na-

da y debe haberla porque de otro modo el espesor del muro no me hubiera permitido oir... ¡ Una pequeña hendidura... sí ! Y en su fondo veo así como un cerco... Veamos... (*Aprieta y se abre otra puertecilla secreta.*) ¡ Ya decía yo ! (*Mira al interior*). Nadie. Conviene conocer la Jaula. (*Sale*).

MUTACIÓN

CUADRO TERCERO

La decoración del Primer Cuadro.

ESCENA 3.ª

Fígaro. Después *Ricardo.*

FÍGARO — Todo está muy bien dispuesto, es hombre de gran ingenio: lástima que lo emplee en hacer daño. Esa rinconada impide ver la puertecilla aun estando abierta, así es que puede escapar fácilmente. ¿Y las otras galerías subterráneas adónde conducirán? Siento gran curiosidad de explorar bien todo esto. ¿Teléfono también? aquí no falta nada. Si pudiera... (*Se acerca a la puerta de entrada*). A nadie veo... ¡ Animo ! (*Llama al teléfono y vuelve a observar*). No se oye nada. ¡ Ah ! evitemos el sonido del timbre... (*Lo cubre con el pañuelo o la mano y suena el timbre*). ¡ Qué a tiempo ! «—¿Central? —Comunique en seguida 98-23.» (*Vuelve a observar y baja a cubrir otra vez el timbre. Suena éste. Coje el aparato*). «—¡ Yo ! Fígaro. ¿Con quién hablo?—Blanca, cruzando subterrá-

neos intrincados, hallé una puerta secreta y estoy en la quinta de Valle. No encuentro a nadie y aprovecho la ocasión de comunicarme con usted por lo que pudiera ocurrirme. Ya no cabe duda de que fué él. Oigo pasos. ¡Adiós! Telefonee usted al Jefe de policía para que vengan a prenderlo. ¡Adiós!». (*S oculta en el ángulo*).

RICARDO (*Entrando*). Sí; indudablemente Blanca le llamaría para consultarle sobre mi declaración; es antiguo amigo y hombre de experiencia y ella al fin y al cabo una muñeca, de veintitrés años. Si consigo ese casamiento, llego a la cumbre de la montaña de mis ensueños y digo: ¡basta de fechorías, Ricardo! Al construir el palacio, me asaltó la idea de que pudiera ser mío algún día; y en previsión de ello, me lo hice a mi gusto. El mismo Saucedo salió al encuentro de mi ambición y me abrió camino. Nunca entró en mis cálculos el haberle matado, ¿pero quién desperdicia la ocasión de apoderarse de cinco millones de pesos. Si no me dice que iba a llevarlos inmediatamente al Banco me llevo el gran chasco! por qué hubiera esperado la noche, habría forzado la caja... y me la hubiera encontrado vacía! Así es que no hubo otro remedio; como tampoco lo hubo cuando maté a Elena. Estaba yo entonces como hace un mes, sin dinero; y como sin él no le dejan vivir a uno, hay que buscarle a todo trance. Me sorprendió robándola, gri-

tó... y hubo que matar. ¡Lástima de mujer, qué hermosa era! Pero Blanca no lo es menos y pienso consolarme con ella. En cuanto a la chiquilla... ¡bah! como no me ha reconocido, no hay necesidad de quitarla de en medio. Haré un viaje de recreo por Europa, fingiré haber hecho fortuna y con mis riquezas y las que ellas han heredado del General, seré uno de los mayores capitalistas del mundo. Todo es cuestión de un poco de paciencia; que la tendré; y de que ella no se niegue, que no se negará. Si tal ocurriera... ¡ya me las arreglaría yo para convencerla!—Y aquél viejo... ¿quién puede ser? ¿Por qué se desfiguraría?... Por mí no, pues nadie sabía mi llegada al palacio. No debe preocuparme eso... Pero aquel modo de mirarme y el doble sentido de algunas palabras suyas, ¿no quiere decir nada? ¿Y su empeño en defender al Mayordomo? ¿Qué alegaría en su favor para haber interesado al Juez? ¡Bah! ¡Los jueces!... a mí todos me han absuelto y... (*Queda absorto en sus ideas. Fígaro, que ha estado en acecho, sin dejarse ver, asoma. Nada ha oído, puesto que el monólogo del personaje sólo esterioriza sus pensamientos para con el espectador*).

FÍGARO (¡Me consumo de impaciencia! Diplomacia). (*Se desabrocha, despeina el cabello y se ata un pañuelo de color al cuello, como achulapándose*). A la paz de Dios!

RICARDO ¿Qué es ésto? ¡ Brazos arriba! (*Apuntándole con un revólver. Fígaro levanta los brazos*). ¿Por dónde has entrado puena pieza?

FÍGARO Por ese balcón.

RICARDO ¿Y quién eres tú?

FÍGARO Un ladrón como otro cualquiera.

RICARDO ¡ Ah! ¿Llevabas intención de robarme? (*Toca el timbre*).

FÍGARO Intención de robarle precisamente, no. Me persigue la policía y como no tendría tiempo de llegar al bosque sin que me hecharan mano, he saltado la verja del jardín y trepado por el balcón buscando un escondite. Esto no quiere decir que si de paso hubiera trapezado con algo que valiera la pena, no me lo hubiese guardado. (*Entra el Criado*).

RICARDO Registra bien a ese hombre (*A Fígaro*). ¡ Al menor movimiento te pego un tiro! (*Le registra el Criado*).

FÍGARO Le prometo a usted no mover más que la lengua, porque no se tenerla quieta.

CRIADO Ni un alfiler, señor.

RICARDO ¿Y qué has hecho para que te persiga la policía?

FÍGARO ¡ Una de las mías!

RICARDO ¿Sabes qué eres fresco?

FÍGARO Cómo que nací en cueros.

RICARDO ¡ Y descarado!

FÍGARO Como pocos.

RICARDO Podría matarte impunemente (*Guardándo el revólver: Fígaro se encoge de hombros*). pero tienes gracia.

FÍGARO ¡ Gracia natural! Sí, señor.

RICARDO (*Al Criado*). Mira: si llega policía, los

dejas entrar; pero antes me avisas con el timbre número tres. ¡No te se olvide! Y si preguntan por ese... ¡no sabes nada! Vete. (*Sale el Criado*).

FÍGARO (Mi plan va perfectamente).

RICARDO Me da lástima que te cojan; eres joven y...

FÍGARO Y aprovechado.

RICARDO Así parece. Y me gusta tu tranquilidad. ¡Pero baja los brazos, hombre; que pareces un Ecce-homo!

FÍGARO ¡Ya era hora! Me iba cansando ..

RICARDO Me parece que tu acento no me es desconocido.

FÍGARO Es probable: ¿ha visitado usted el parque?

RICARDO ¡Ya lo creo!

FÍGARO Pues indudablemente me confunde usted con el papagayo azul.

RICARDO ¡Eh!... ¡Hacía mucho tiempo que no me sonreía!... ¿Tienes familia?

FÍGARO De día el sol, si no está nublado. Y de noche la luna, cuando sale.

RICARDO ¿Y amigos... socios, para tus negocios?

FÍGARO ¡Cá! ¿para qué? Solo, me busco bien la vida. Yo, con poco tengo bastante.

RICARDO ¿Y te has visto obligado alguna vez por efecto de las circunstancias, a estropear a algún semejante tuyo?...

FÍGARO ¿A... matar a alguien? No, eso no; ni ha habido caso. Nunca he gastado armas. Me divierte el robar cuando no tengo dinero, pero nada más.

RICARDO ¡Vamos a ver! Si yo quiero, puedo esconderte; y tan bien escondido, que aunque se presentara toda la policía de Buenos Aires, no te encontrarían.

Y también podría hacerte huir en las mismas barbas de ellos.

FÍGARO ¡ Dispense usted que no lo crea!

RICARDO ¡ Tú qué sabes con quién estás hablando! ¿Quiéres entrar a mi servicio? Buena paga y poco trabajo ; poco, pero ingenioso: me inspiras confianza.

FÍGARO Y usted también a mí. ¡ Quedo a sus órdenes! ¿Qué hay que hacer?

RICARDO Lo primero ponerte en salvo y después me aguardarás donde voy a enviarte. Me pareces a propósito para buscarme a cierto sujeto que se disfraza con barba y peluca blancas... ya hablaremos de eso. Ahora escúchame.—¿Ves este resorte? (*En la pared*). Apretando el botón, suena un timbre en el Rancho de un traficante de caballos, que está a la entrada del bosque.—Ven aquí. (*Al ángulo*). Una puerta secreta. Saldrás por ella ; te diriges hacia la izquierda ; sigues un pasadizo obscuro... necesitarás luz...

FÍGARO (*Saca su linterna y enciende*). ¿Es buena ésta?

RICARDO A propósito para el caso. Y cuando llegues donde el camino se divide en dos sigues el de la izquierda : ¡ no te equivoques!

FÍGARO No hay cuidado.

RICARDO Cuando llegues al fin, te encontrarás sin ninguna salida. Abres un grifo pequeño que verás en el rincón de la derecha : si sale agua, esperas y vuelves a repetir la operación a intervalos, hasta que no brote. Entonces aprietas el botón que está debajo del grifo y se

abrirá otra puertecilla como esa. ¡No te se ocurra abrir si saliera agua del grifo, porque se echaría sobre ti un torrente que inundaría el pasadizo y te ahogaría irremisiblemente antes de que saliera por el desague preparado al otro extremo en previsión de ello.

FÍGARO Muchas gracias por el aviso. ¿Y cómo desaparece el agua para evitar la inundación del subterráneo?

RICARDO Cuando en el Rancho se oye mi aviso van al brocal del pozo, levantan una tajadera y se vacía por un recipiente que desagua en el riachuelo que atraviesa el bosque. Y después para volver a llenarlo no hay más que bajar la tajadera y abrir los caños transmisores.

FÍGARO ¡Ya! Y una vez abierta la puerta trepo por el pozo...

RICARDO Encontrarás unos peldaños de hierro.

FÍGARO Enterado. (*Suena un timbre*).

RICARDO ¡Me avisan! ¿A ver? (*Va al balcón*). ¡Qué atrocidad! ¡Vaya un alarde de fuerzas que emplean para prender a un solo hombre! (*Baja*). ¡Tú debes ser un pájaro de cuenta! (*Ríen*). Pero ve tranquilo, que si fueran al Rancho en busca tuya, el traficante te ocultaría bien!

FÍGARO ¡Pues hasta la vista! (*Sale por el ángulo*).

ESCENA 4.ª

Ricardo. El *Criado*, que anuncia. *Gonzalo*. *Inspector* y *Cuatro Guardias*. Luego *Fígaro*. Al final otra vez el *Criado*.

CRIADO El señor Jefe Político y fuerza a sus órdenes.

RICARDO ¿A qué debo el honor de volver a verle tan pronto?

GONZALO Vengo a prenderle por sospechas (*Sorpresa en Rdo.*). recientes de que es usted el asesino del General Salcedo. Celebraré que se justifique lo contrario, pero tengo que ponerle inmediatamente a disposición del Juez que instruye la causa.

RICARDO ¡No hay inconveniente! ¿Me permite usted que mande preparar el auto, por no llamar la atención entretanto que el Juez me pone en libertad?

GONZALO Puede usted hacerlo.

RICARDO (*Al Criado*). Ve corriendo y avisa en seguida. (*Sale el Criado*). Cuestión de un momento... Seguramente anda en ésto la mano del hombre de los cabello blancos?

GONZALO Nada sé todavía.

FÍGARO Yo se lo explicaré. (*Se presenta transformado en el viejo*).

RICARDO ¡Usted! ¿Por dónde ha penetrado aquí?

FÍGARO ¡Calma! No hace mucho que instaba usted al señor jefe de policía, en casa de doña Blanca Aguilar, para que se esmerase en la elección del Detective que determinaron nombrar a fin de descubrir al misterioso criminal. Siguiendo su consejo y sabiendo que yo soy un gran detective, he sido elegido para el caso; e inmediatamente lo he descubierto todo, incluso la puerta secreta por donde entró usted al des-

pacho del General para cometer el crimen.

RICARDO ¡Qué supone usted!

FÍGARO No supongo: ¡afirmo! En prueba de ello, que yo he salido por aquella misma puerta en persecución suya y he entrado aquí por esa otra, que es idéntica; habiendo cruzado el subterráneo, que por más señas se divide dos veces en dos caminos distintos. A pesar de lo cual, mi buen olfato me ha guiado directamente. Ya ve usted que no pequé de inmodesto al decirle que soy un gran detective. Reconozco en usted mucho ingenio y gran habilidad, pero habrá usted de convenir conmigo en que la mía es mayor.

RICARDO ¡Ya lo veremos! Por el pronto sólo puedo decir que no entiendo una palabra de lo que está usted hablando, ni conozco tales subterráneos. Si existen lo que habrá que averiguar es la persona que los haya construído burlando mi buena fé. El tiempo todo lo aclara y espero que no tardarán ustedes en presentarme sus escusas.

FÍGARO ¡Ah!... ¿Conque usted no conoce el subterráneo que comunica el palacio de Salcedo con la quinta de usted?

RICARDO ¡No, señor!

FÍGARO (¡Con qué descaro miente!) ¿Ni tampoco el que conduce al Rancho que hay a la entrada del bosque?

RICARDO ¿Cómo? (*Fígaro se transforma*).

FÍGARO ¡Niéguemelo usted a mí!

RICARDO ¿Era usted? (*Nueva sorpresa*). ¡Demonio! (*Reponiéndose*). Pues sí que

es usted hábil de verdad... La primera vez que me he confiado a una persona se ha burlado de mí... ¡Pero pronto sabrá usted lo caro que eso le cuesta! (*Sin volver la espalda, aprieta el resorte que hay en la pared detrás de él y al lado se abre la puertecilla secreta, por la que desaparece cerrándose tras él. Los otros corren y forcejean en vano. Estas puertecillas deben abrirse hacia afuera*).

TODOS ¡¡Ah!!

GONZALO ¡Se ha escapado!

FÍGARO ¡Eso lo veremos! ¿Me permite usted dar órdenes?

GONZALO Sí. ¡No hay que perder tiempo!

FÍGARO (*Al Inspector*). Inmediatamente, que dos hombres guarden la puerta secreta del que fué despacho del General. Esos dos, guiados por mí, llegaran también a ella por el subterráneo por si hubiera seguido esa dirección. Las fuerzas que tiene usted afuera, que vigilen bien esta casa. Otras de a caballo registren el bosque y rodeen el Rancho; usted con ellos, espere órdenes allí. Pero si sonara un tiro, lo asaltan en seguida. (*A Gonzalo*). ¿Lleva usted revolver?

GONZALO Sí.

FÍGARO ¡Pues corramos!

INSPECTOR Al momento. (*Sale con dos de los guardias*).

FÍGARO Y usted, conmigo, don Gonzalo; que vamos a ver cosas prodigiosas... ¡Ah! ¡Por vida!... ¡Olvidaba lo princi-

pal! (*Se dirige al resorte del timbre que comunica al Rancho*).

GONZALO ¿Qué es ello?

FÍGARO ¡Esto! (*Apretándolo*).

GONZALO ¿Para qué?...

FÍGARO Todo se lo explicaré. ¡Vamos!

GONZALO ¡Vamos! (*Salen por el ángulo seguidos de los otros dos guardias*).

CRIADO (*Entrando*). ¿Nadie?... ¡Ah! comprendo... Se ha escapado y los otros tras él: Es inútil; por allí abajo no hay quien lo pesque. Han ido a meterse en la boca del lobo. ¿Pues para qué querría el auto? ¿Acaso lo dijo para ganar tiempo?... ¡Ah! ¡Ya caigo!... Lo esperará hacia la salida falsa del bosque, para huir... Vamos allá por si acaso. (*Sale*). (*Suena un estampido formidable. Se abren escotillones y se derrumban paredes y techumbre saliendo del foso piedras y llamas. Ricardo ha volado la casa. Quedan ruinas y humareda Telón corto*).

MUTACIÓN

CUADRO CUARTO

Subterráneo: puede ser el telón del Cuadro Segundo con ot a puertecilla secreta al estremo opuesto (izquierda del actor) y desapareciendo las dos bocas que estarían formadas en dicho cuadro en el primer término derecha. En el rincón de la izquierda, junto a la puerta secreta, un pequeño grifo que juega y de donde brota agua al abrirlo la primera vez solamente. Obscuridad como en el Segundo Cuadro. no hay más luz que la linterna de Fígaro.

ESCENA 5.ª

Fígaro y Gonzalo

(*Entran por la derecha del actor, el primero con la linterna encendida y*

el otro revólver en mano. Avanzan con precaución hasta el otro extremo).

FÍGARO Termina el pasadizo. ¿A ver?... Sí, ¡aquí está el grifo! (*Lo abre y sale agua: lo cierra*). Brota agua. Hay que esperar.

GONZALO ¿Puede haber escapado por aquí?

FÍGARO No. Si piensa hacerlo, aun no ha llegado. Por si acaso estemos alerta, que va armado.

GONZALO ¿No se habrá anticipado y nos preparará una emboscada? ¡Todo es de esperar de ese miserable!

FÍGARO Es imposible. No habría tiempo para que hubieran vaciado el pozo y lo llenaran de nuevo. ¿Y qué piensa usted del estampido que acabamos de oir?

GONZALO ¡No sé qué pensar! Estoy así como atontado...

FÍGARO ¿Recuerda usted que al desaparecer dijo que me había burlado de él y lo iba a pagar caro? Pues bien, debía estar minada la casa; prendió la mecha y huyó, ¡sabe Dios por donde! produciéndose en seguida la explosión. Indudablemente el monstruo ha hecho volar la jaula creyendo pillarnos a todos dentro y pulverizarnos.

GONZALO ¡Quiera Dios que caiga en nuestro poder! Confío en las precauciones que con tanto acierto ha tomado usted.

FÍGARO Y si escapara de esta, en otra caerá. Mientras me quede vida no he de dejar de perseguirle aunque tenga que recorrer el mundo entero! ¡Quién iba a prever su desaparición! Yo guardaba la otra puerta secreta en previsión

de que por ella intentara fugarse. ¡Como sospechar que a su lado tuviera otra salida! Por eso estaba mi hombre tan tranquilo... ¿Ha visto usted cinismo semejante? ¡Con qué descaro negaba!

GONZALO ¡Y se ha atrevido a pretender la mano de Blanca!

FÍGARO ¡Ya lo sé, don Gonzalo! ¡Y si supiera usted la impresión que me causó la lectura de su carta!...

GONZALO ¡Blanca está irritadísima! Y hechando fuego por los ojos me rogó que si se defendía no le mataran: «¡que lo cogiéramos vivo!... ¡Que necesitaba verlo!... ¡Que le quería hablar!... que...» ¡qué sé yo lo que quiere! ni creo que ella lo sabe tampoco porque la ira la domina por completo. ¡Que energía la de esa mujer!

FÍGARO ¡Y no haberle sujetado!

GONZALO Al grifo, Fígaro; a ver...

FÍGARO (*Lo abre*). ¡Ya no hay agua! Muy bien. Volvamos a la luz. Sí... aquí está el resorte. (*Vacilando*). (¿Me habrá engañado?) ¡Sea lo que Dios quiera! (*Lo aprieta y se abre la puertecilla, penetrando un poco de luz*).

GONZALO ¡Al fin! (*Examinando el exterior*). Estamos en el fondo mismo de un pozo. (*Penetran en él*).

FÍGARO He aquí los peldaños de hierro para subir. ¿Qué nos aguardará arriba? Permita usted que suba primero yo solo.

GONZALO ¡No! Yo, que voy armado, delante.

FÍGARO ¡Arriba, pues!

VOZ (*De lo alto del pozo*). ¿Quién va?

FÍGARO (*Gritando hacia arriba*). ¡Nadie, hombre, somos de casa! (*Trepan o lo figura*).

MUTACIÓN

CUADRO QUINTO

Patio grande de un Rancho, cercado de alta tapia por el fondo y lado derecho del actor, en la izquierda fachada de casa. En el centro un pozo con brocal no muy alto, garrucha y cuerda. Un banco de piedra, y árboles que se confunden con las de afuera, del Bosque.

ESCENA 6.ª y última

Aparece *Ramos* mirando por el pozo. *Gonzalo* y *Fígaro* subiendo del fondo, por el escotillón.

RAMOS Cuidado, señores, con algún resbalón, que hay bastante fondo y una caída podría ser fatal.

GONZALO No hay cuidado. (*Salta*).

FÍGARO ¡Ya estamos todos! (*Idem*). ¿Y Ricardo?

RAMOS ¿Pues qué no viene con ustedes?

FÍGARO No; pero le esperamos aquí. Dijo que vendría por otro camino después de cierta diligencia... (*Se fija en Ramos*).

RAMOS ¡Es muy extraño todo esto! Por aquí no ha entrado nunca nadie más que él... Su quinta acaba de volar... Dos desconocidos... ¿Señores, tendrán la bondad de decirme?... ¡Pero qué estoy viendo! (*Descubriéndose*). sí es el señor *Jefe Político*...

FÍGARO ¿Y yo qué estoy mirando? ¿Quién es usted?

RAMOS Santiago Juarez, señor, traficante en caballerías.

FÍGARO Paso porque al cambiar de oficio ha-

yas cambiado el nombre, pero por lo que no paso es... ¡ que no me hayas conocido!

GONZALO ¿Qué dice usted, Fígaro?

RAMOS ¡ Qué dice, señor!

FÍGARO ¡ Digo, que siento una alegría muy grande por volver a verte!

RAMOS Muchas gracias, pero...

FÍGARO ¡ No! no me lo agradezcas ; mi alegría no es por volver a contemplar tu estúpida fisonomía... si no, por recompensarte todo lo que has hecho por mí en este mundo.

RAMOS ¡ Yo!

FÍGARO ¡ Sí! Las bofetadas que me dabas al preguntar por mis padres... ¡ Pero ahora tendrás que desembuchar todo lo que sepas y pedirme perdón arrodillado a mis pies. Ya no soy el pillete a quien maltratabas si regresaba al furgón sin haber hurtado algo para ti ; ya no soy el ser débil de quien tu fuerza bruta abusaba! ¡ Ahora el fuerte soy yo... y tiembla si tu conducta me desagrada!

RAMOS ¡ Sí es verdad... ¡ Eres tú!

FÍGARO Ya ves cómo me has reconocido. ¡ Yo soy tú!

RAMOS ¡ Pero qué cambiado estás! ¡ Yo te diré todo lo que tú quieras y yo sepa... ¡ te lo juro! Pero no te enojes conmigo: recuerda que al fin y al cabo te he criado y casi soy tu padre. ¿Pero ya no te llaman Tú? El señor Jefe acaba de decir Fígaro...

FÍGARO Si me hubieras revelado el mío, no me llamarían así tampoco. Porque yo supongo que estaré bautizado. ¿Y te

asombras de que lo haya cambiado? ¿Pues no has hecho tú lo mismo? Nunca te llamaste Santiago Juarez, si no simplemente Ramos.

GONZALO ¡¡Ramos!! ¡¡Gran Dios!! (*Descompuesto, hecho un León*). Ha dicho Ramos, ¡sí! y estás al servicio de Ricardo del Valle, como lo estarías también hace algunos años en Santiago de Chile cuando él se hacía llamar don Enrique del Campo?

RAMOS Sí, señor, sí.

GONZALO ¡Justicia de Dios! ¡¡Miserable!! (*Da un salto sobre él, derribándolek y quedando con una rodilla sobre su pecho y las dos manos oprimiéndole la garganta*). ¡Ramos, asesino de mi esposa Elena de Castro y raptor de mi hijo, muere a mis manos!—¡Pero, no! ¡Antes dime qué hiciste del niño!

RAMOS ¡Señor... me ahoga usted... ¡Oígame, por piedad, y máteme luego! Le juro por la salvación del alma de mi hija, que está en el cielo, que mis manos no se han manchado nunca con sangre humana y que no soy yo el asesino de doña Elena! Siempre he sido fiel a mi amo; jamás le hubiera vendido aunque me quitaran la vida y en la forma más horrible que se haya inventado .. pero pasar por asesino, ¡no! ¡eso, no! ¡y mil veces no! ¡El asesino fué él, él! Ya sé que me matará... y hubiera preferido morir a las manos de usted, que son las de un hombre honrado; ¡pero he dicho la verdad!

GONZALO ¡¡El!! ¡Ah, sí, te creo! Y mi hijo... mi Roberto... dime: ¿qué hizo con

él? (*Acaba de soltarle. Ramos se levanta*).

RAMOS — Voy... voy... Aquella misma noche me entregó un niño y unos puñados de monedas de oro y dijo: «¡Ahora mismo coge un caballo y huye de este territorio, cambiando de nombre! ¡Al niño lo despeñas por algún barranco, lejos, muy lejos! Ese oro para ti y no vuelvas a acordarte de mí, para nada! Ni me nombres jamás, porque si yo lo sé y te encuentro, te mato!» —¡Estaba lívido, desencajado... daba miedo! (*Rapidez hasta al final*). ¡Obedecí, tomé un caballo y huí al galope; no le volví a ver, hasta que hace un año la casualidad nos puso frente a frente. Yo estaba arruinado y me protegió de nuevo...

GONZALO — ¡Y despeñastes al niño!.

RAMOS — No tuve valor.

GONZALO — ¿Vive?

RAMOS — ¡Sí! lo tuve algunos años; hasta que huyó de mi lado y tampoco había vuelto a verle, hasta este momento! (*Señalando a Fígaro*).

ELLOS — ¡¡Gran Dios!!

RAMOS — ¡Sí, Dios es grande! ¡Abrace usted a su hijo! (*Se precipitan ambos a estrecharse con fuerza. Telón rápido*).

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

La misma decoración del Segundo. El retrato del General, colgado.

ESCENA 1.ª

Blanca: Desapareció el luto. En seguida *Federico*. A poco don *Antonio*.

BLANCA (*Sentada, con un periódico en la mano. Lo deja, reflexiona, se levanta y pasea pensativa. Toco el timbre*). La hora del correo pasó... y nada. Don Gonzalo tampoco viene hoy. Y yo sin noticias... siempre lo mismo ¡qué desesperación!

FEDERICO ¿Qué manda la señora?

BLANCA ¿No ha venido el cartero?

FEDERICO No, señora.

BLANCA Si traen algo, en seguida aquí.

FEDERICO Descuide la señora.

BLANCA Y dile a don Antonio que venga.

FEDERICO (*Sale*).

BLANCA ¡Señor! Esto es una agonía perpetua... ¡Dos años! ¡Dos años de interminable angustia! Esto no es vivir ¡ay, si no fuera por mi hija! La vida me cansa... ¿Qué inventaríamos para dar con él o saber si ha muerto? Pobre Roberto! Dos años que partió en su busca... ¿Por qué no regresar ya? ¿Qué esperanzas pueden caberle después de tanto tiempo?

ANTONIO ¿Señora?

BLANCA Entre usted, don Antonio.

ANTNOIO ¿Se encuentra mal? ¿Quiére que mande por el Doctor?

BLANCA No, no quiero ver a nadie. No tengo nada; mal humor... algo de excitación nerviosa... Comprendo que mi temperamento tiene la culpa de que viva sufriendo... pero no lo puedo remediar. A veces les envidio a ustedes, porque teniendo motivos para odiar a aquel monstruo, les veo sosegados... tranquilos... como si se hubuieran ustedes olvidado de él. Yo les agradezco a todos el interés que por mí se toman y los esfuerzos que hacen por distraer mi imaginación, pero ya ve usted que nada se consigue y es forzoso que esto acabe de una vez. Hay que determinar algo y a mí nada se me ocurre; nada, más que ideas absurdas como salidas de un cerebro fatigado.

ANTONIO La misión mía es procurar atenuar su mal disimulando el mío. ¿Olvidar?... ¡Olvidar yo el borrón de infamia, el estigma sangriento que echaron sobre mí? ¡Olvidar que durante un mes estuve recluído en una prisión inmunda? ¡Ah, señora!... no quiero recordar... Lo mismo que usted, pienso constantemente en el modo de encontrarle; pero todos los cálculos se estrellan ante la sagacidad y astucia que ha demostrado tener ¿Concibe usted que pudiera escapar con el lujo de precauciones y fuerzas que se desplegaron en persecución

suya? ¡ Si parece imposible! A veces sospecho si estará sepultado en el subterráneo por los efectos de la explosión cuando voló la quinta...

BLANCA No es posible. Ya sabe usted que todos se exploraron detenidamente antes de cegarlos. Y lo mismo que se hallaron los cadáveres de sus criados se hubiera encontrado el suyo. No, no ; mi corazón no me engaña y me dice que vive, que vive gozando impunemente de la herencia que me legó mi desgraciado padre. Ni está en los sótanos enterrado, ni está tampoco en toda la Argentina. El debió preparar su fuga durante el mes que transcurrió del crimen al descubrimiento de los subterráneos. Indudablemente, según apreció Roberto, saldría por el pasadizo que desembocaba en la maleza del bosque y se embarcó.

ANTONIO Sí, es la versión más probable. Y no hay más remedio que confiar en la justicia del cielo y esperar, señora, esperar. Pero sin desesperarse del modo desconsolador con que usted se desespera y nos desespera a todos. No dude usted de que cuando menos esperanzas tengamos, la misma casualidad que hizo descubrir al autor del crimen, le hará caer también en nuestro poder. Entre tanto, ni creo eficaz el que don Gonzalo esté tanto tiempo privado de su hijo...

BLANCA Lo mismo pienso...

ANTONIO Ni juzgo humana la falta de resignación en usted.

BLANCA — Tiene usted razón, don Antonio. Parece que hallo algún consuelo en sus palabras.

ESCENA 2.ª

Blanca, don *Gonzalo, Antonio* y *Federico*. Estos dos últimos, se retiran.

FEDERICO — Señora... Don Gonzalo.

ANTONIO — ¿Puedo retirarme?

BLANCA — Sí. (*Sube a recibirle. Entra Gonzalo: le saludan y salen Antonio y Federico*).

GONZALO — Aquí me tiene usted y no me riña, ¿eh? (*Se dan las manos*).

BLANCA — ¡Tres días sin verle!...

GONZALO — Sí, sí, ya lo sé... (*Se sientan*). Pero usted sabe también que las obligaciones de mi cargo no me dejan libre un momento. Sobre todo estos últimos días. Pero hoy he tenido noticias de Roberto y no he querido retardar el cumplimiento de un encargo que me hace.

BLANCA — ¿Al fin ha escrito? Cuatro meses sin saber de él...

GONZALO — (*Saca una carta lacrada y abierta. Extrae una fotografía y vuelve a guardar la carta*). Me envía este retrato para la niña. (*Se lo dá*). ¿No está?

BLANCA — En el colegio. No tardará. Y viene dedicado... A mi Estrellita. Para que no me olvide. Roberto.» —Y... qué dice?

GONZALO — Nada... Sigue, terco, sus pesquisas con el mal resultado que hasta aquí. Escribe desde Londres... y me anuncia que va a París. —Tiene usted ra-

zón, unos cuatro meses hará que recibí la anterior...

BLANCA — Mañana se cumplirán, lo recuerdo: y también que en seguida que la recibió usted, como hoy, vino a verme y me la entregó para que la leyera.

GONZALO — (¡Malo!) (*Pausa*).

BLANCA — ¿Y qué más dice?

GONZALO — Nada más...

BLANCA — Usted perdone; pero al darme el retrato, que sacó usted de la propia carta, me pareció ver que abultaba bastante, como las demás... y por eso creí que sería tan larga como las otras...

GONZALO — No, se conoce que escribió con prisa. ¿Y Estrella?... Ah, sí... en el colegio: me lo dijo usted; ¡verá qué contenta se pondrá cuando vea el retrato!

BLANCA — Así lo creo. (*Otra pausa*).

FEDERICO — Señora, una carta. (*La trae en una bandeja: la entrega y se retira*).

BLANCA — ¡Trae, trae! —Ah, es de Matilde. De mi amiguita de la infancia, que se marchó a Madrid. (*Deja la carta y el retrato encima de la mesilla*).

GONZALO — Sí, la que casó con el diplomático español. Me acuerdo. Lea usted, lea usted, sin cumplimientos.

BLANCA — No corre prisa... Poco más o menos me dice siempre igual: que me conviene viajar, distraerme... que vaya a verla... que me espera. Y me da siempre toda clase de detalles para el viaje ¡la muy inocente! creyendo que estoy de humor para una travesía semejante y en tiempos de guerra,

cuando están todos los días hechando buques a pique!

GONZALO Sí, es expuesto. De todas maneras, por mí no deje su lectura para luego. Siempre es grato leer lo que escriben los ausentes a quienes se quiere.

BLANCA Razona usted muy bien, don Gonzalo; pero se debe guardar turno para satisfacer ese deseo.

GONZALO No comprendo...

BLANCA Que primero llegó la carta de Roberto y aún no la he leído.

GONZALO ¡Bah!... no vale la pena de que se moleste en leer cuatro tonterías de asuntos agenos al único que puede preocuparnos. Le he dicho lo esencial de ella. Y lo lamentable para todos es que se pierda el tiempo tan lastimosamente y se hagan tantos sacrificios para costear un viaje tan infructuoso como el de Roberto y que lleva trazas de no terminar. Le he mandado regresar dos veces, en espera de que la casualidad nos proporcione una pista segura; pero ¡nada! la primera, se hizo el desentendido y la segunda, que ya no podía hacer lo mismo... lo hace peor porque me dice claramente que no le da la gana de venir; sinó en estos términos, en otros más convincentes; pero el caso es que no me obedece y que me tiene privado de su compañía después de haberlo estado tantos años!

BLANCA ¡Sí qué es lamentable! Y veo que todos coincidimos en ello. Lo mismo

me decía hace un momento don Antonio y lo mismo había pensado. Habrá que insistir: pero esta vez voy a hacerlo yo. Y sin que esto rebaje en nada su autoridad paternal, verá usted cómo lo consigo.

GONZALO ¿En qué se funda usted para creerlo así?

BLANCA Me fundo en que el hijo es más galante que el padre, pues nunca resistió a la más leve indicación mía.

GONZALO ¿Y yo sí?

BLANCA Le he demostrado varias veces el deseo de leer la carta de Roberto y no he conseguido sino tentativas de excusarse en dármela: pero le advierto que son inútiles; y como ha de acabar uster por ahí, lo mejor es que lo haga cuánto antes y no me tenga más tiempo en esta zozobra, curiosidad... o lo que sea!

GONZALO (¡Estalló la bomba!) ¿Pero zozobra por qué? No hay motivo...

BLANCA Don Gonzalo, usted conoce mi temperamento nervioso y sabe también que las contrariedades en vez de calmarlo lo excitan más. Y para mí, resulta una contrariedad el no haber leído ya esa carta, porque aparte del interés que puedan inspirarme las noticias del fin que se persigue, la resistencia de usted me ha hecho entrar en cuidado. ¡Hable usted con claridad! ¿Le ha pasado algo a Roberto?

GONZALO Le juro a usted que no, Blanca. ¿Estaría yo tranquilo?

BLANCA ¿Pues qué es lo que pasa?

GONZALO Nada.

BLANCA ¡No puede ser! Déme usted la carta.

GONZALO Es imposible.

BLANCA ¿Lo ve usted? Algo pretende ocultarme...

GONZALO Pero nada que a usted interese. No desconfíe nunca de mi palabra ni de mis buenas intenciones, Blanca; sabe usted que la quiero como podría quererla si fuera hija mía. Y hágame el favor de atender a mi súplica: la ruego que no vuelva a pedirme la carta de Roberto.

BLANCA (*Pausa. Blanca se levanta nerviosamente, pasea, se fija en el retrato del General; coje la carta de Matilde para leerla y vuelve a dejarla sin abrirla. Toma el retrato de Roberto y lo contempla*). ¿Qué dirección le da su hijo para que le conteste?

GONZALO París. Boulevard D'Saint Denis. Hótel España.

BLANCA Gracias (*Con frialdad. Sigue pensando*).

GONZALO (¡Qué compromiso! Nada, no se le quita la idea.) (*Levantándose*). ¿Va usted a escribirle?

BLANCA Por si acaso...

GONZALO ¿Se ha enojado usted conmigo?

BLANCA Ya lo ve usted.

GONZALO Lo siento mucho.

BLANCA Usted lo ha querido.

GONZALO ¿Hay medio de desenojarla?

BLANCA Sí.

GONZALO ¿Cuál?

BLANCA La carta.

GONZALO Y si no se la doy...

BLANCA Reñimos.

GONZALO ¿Cree usted que he resistido cuanto debía para revelar secretos que no me pertenecen?

BLANCA Demasiado.

GONZALO ¿Volverá usted a enojarse conmigo por haberla consentido penetrarlos?

BLANCA No.

GONZALO ¿Palabra?

BLANCA Palabra.

GONZALO ¡Pues ahí va! (*Se la da*). ¡Y hago lo que Pilatos! (*Muy contrariado, pasea por el fondo; a veces se para a mirar a Blanca que se sienta para leer*).

BLANCA (*Lee en voz alta*). «Querido padre: sin novedad y deseando que estéis lo mismo, paso a contestar a tu cariñosa carta. No escribo más a menudo porque no siempre sé la dirección que voy a seguir, para poder indicártela. Hoy que puedo, lo hago. Me contestarás a París: Hotel España, Boulevard D'Saint Denis; para donde saldré esta noche. He hallado nueva pista y aunque me temo que como las demás resulte falsa, no tengo otra que seguir. Es muy ambigua; se trata de un sujeto, del cual algunos datos y señas coinciden con los del que yo busco. Suponen que es español o americano; ha estado dos meses en Londres y creen que salió para París. En este hotel dió el nombre de Arturo Mendoza de Quintana. Las autoridades siguen prestándome su apoyo en cuantas pesquisas lo necesito y esto abrevia mucho la estancia mía en

cuantos países recorro. La firma del Presidente de esa República es reconocida con veneración y me asegura la extradición del criminal si consigo dar con él. ¡Claro está que si tan afortunado fuese, los impulsos de la sangre me inducirían a clavarle un hierro en el corazón y retorcerlo bien, antes de sacarlo!...» (*Dejando de leer*). ¡Eso, eso es lo que merecería en vez de entregarlo a los tribunales! Estas palabras de Roberto han analizado todas las vaguedades de mi pensamiento y todos los sentimientos de mi alma! ¡Yo ambicionaba para su castigo algo así, grande, cruel, como lo que él dice! y no sabía darle forma. ¡Pero para satisfacerme, habría de ser yo misma quien se lo clavara! (*Vuelve a leer*). «Y retorcerlo después... pero el deber del Detective tiene que sofocar los sentimientos del hijo.» (*Deja de leer*). ¡Oh, qué hermoso es todo esto, Dios mío!...

GONZALO ¿Ve usted lo que yo le decía? Se altera usted mucho... ¡Vaya! ya ha satisfecho usted su curiosidad... (*Intenta cogerle la carta*).

BLANCA No: si falta todavía...

GONZALO Lo que sigue no es nada; se despide..

BLANCA ¡Pues he de acabarla!

GONZALO (Sea lo que Dios quiera).

BLANCA (*Leyendo*) «En cuanto a volverme, como me mandas, te ruego no lo tomes a desobediencia, padre, pero es imposible. Muchas y poderosas razones me lo impiden como tu buen criterio com-

prenderá por las que voy a exponerte. En primer lugar y sobre todos, estoy persiguiendo al asesino de mi madre: ¿quién puede retroceder ante eso? Además, conoces el compromiso de gratitud que tengo adquirido con Blanca y no por haber cambiado de posición voy a cambiar de sentimientos ni de ideas. Después de todo eso, me impulsa también el deber y la afición, en la carrera emprendida; y al final de la jornada hay dos caminos: la gloria y el ridículo. ¿Hacia cuál debo dirigirme con todas mis fuerzas y toda mi voluntad? Por lo expuesto habrás de convenir conmigo que no tengo otro remedio que volver vencedor o no volver. Y por si tu cariño paternal te cegara al extremo de creer que tu mandato está sobre todo, me veo obligado a quemar el último cartucho y a hacerte una confesión que no quería hacer; pero a ti solamente, padre mío, te lo ruego! Amo a Blanca con la pasión más grande que puede caber en un corazón humano. No me atreveré nunca a revelársela, ni mucho menos a esperar verla correspondida. Pero la ilusión de mi alma sí tiene una aspiración; que es el merecerla: ¿me comprendes bien? Y las almas no aprecian distancias: solamente aprecian virtudes. Entre su alma y la mía existe una barrera infranqueable, que es la que anhelo destruir: la forman, en grosera construcción, la impunidad y la vida de Ri-

cardo del Valle! Mi resolución es in quebrantable, padre amado; así pues... ¡hasta que quiera Dios o hasta nunca! Tu hijo, Roberto.» (*Llora en silencio, muy conmovida*).

GONZALO (Y ahora que el cielo nos ayude). ¿Por qué llora usted hija mía?

BLANCA Son lágrimas de consuelo. (*Con dulzura y tranquilidad*).

GONZALO ¿Se enojó con Roberto?

BLANCA Al contrario: pienso como él. Tome y gracias. (*Le devuelve la carta*).

GONZALO (Esperaba otro desenlace).

ESCENA 3.ª

Dichos, Lola y *Estrella.* Aquélla trae libros de colegio, de la niña.

ESTRELLA Ya estoy aquí, mamá. (*Se besan*) Buenos días, don Gonzalo. ¿Cómo sigue?

GONZALO Muy bien, preciosísima.

BLANCA Voy a darte un asorpresa. Toma. (*El retrato*).

ESTRELLA (*Con mucha alegría*). ¡Ay!... ¡Fígaro!

BLANCA Ya sabes que ahora se llama Roberto.

ESTRELLA ¡Lo mismo da! ¿Y aquí qué dice?

LOLA «A mi Estrellita. Para que no me olvide. Roberto.»

ESTRELLA ¡Y qué le voy a olvidar! ¿Cuándo volverá?

BLANCA ¡Pronto, muy pronto!

ESTRELLA ¡Qué ganas tengo de verle!

BLANCA (*Viendo la carta de Matilde*).¡Ah, pobre Matilde! había olvidado su carta.

GONZALO Pues lea usted...

BLANCA No se retire, no. Venga usted aquí, la leeremos juntos.

GONZALO Como guste. (*Lola entretiene a la niña con el retrato y los libros*).

BLANCA (*Leyendo*). «Mi queridísima Blanca: He recibido la tuya ¡ya era hora! ¿Has estado cinco meses pensando la contestación? ¿no ves cómo yo te escribo en seguida que tengo noticias tuyas? Espero que en lo sucesivo no serás tan perezosa. Tus cartas son alegrías para mí y no debes escaseármelas. Nada me dices de venir, pero sabes lo terca que soy y no pararé hasta conseguirlo. Anoche mismo, soñé que me habías querido dar una sorpresa y entrabas de repente sin haberme avisado. A mi lado te distraerías mucho. Precisamente se avecina el verano y después que vieras la Corte, iríamos a San Sebastián. No seas niña y hazme caso: llevas dos años y pico de viudedad; pasó tu luto, estás en los mejores años de tu vida, eres lindísima... y a los madrileños les gustamos mucho las argentinas. Ahora está de moda un mexicano archimillonario que se ha instalado aquí hace unos seis meses y fué presentado a mi Alberto en los aristocráticos salones de un Ministro. Ha intimado con mi esposo... demasiado!... parece que le gusta mi casa más de lo regular... Gracias a que Alberto no es celoso y yo incapaz de faltarle en nada! Es enamorado y pendenciero como el mismo Tenorio; gran maestro de es-

grima! No hace muchos días tuvo un desafío, en el que hirió gravemente a un marido celoso: afortunadamente se ha salvado. Y digo afortunadamente, porque se trata de un hombre honrado, pundonoroso y que llevaba la razón. En casa da algún asalto que otro con sus amigos y los de Alberto el cual le hace venir muy a menudo para que le enseñe a tirar al florete ¡Cuántas veces me acuerdo de tu destreza en ese arma cuando éramos solteras y dabas tanto que hacer con ella a los amigos de tu padre!... y me digo: ¡qué lástima que no estuviera aquí mi querida Blanca y asistiera a uno de estos asaltos, para que dejara embobados a todos estos presumidos! ¿Te acuerdas cuando el pobre General se enamoró de ti y pidió tu mano tras la lluvia de botonazos que le diste? Ma parece que te estoy viendo con aquellos ojos que daban miedo y aquella fiereza con que te tirabas a fondo juntando en el pecho de tu adversario el botón con la empuñadura! ¡Qué tiempos aquellos, amiga del alma! Y basta por hoy. No quiero cansarte más. Te repito que vengas y escribas pronto, tu hermana de corazón, Matilde.—Potst-data: la añado porque, en nombrando al ruín de Roma... ¿No te decía yo?... En este momento me anuncian a don Arturo Mendoza de Quintana, que es el Tenorio de marras. Adiós!»— Ese nombre... ¿Dónde he oído yo ese nom-

bre? ¡ ¡ Ah! ! Me parece... ¿a ver, don Gonzalo? ¡ hágame usted el favor de dejarme otra vez esa carta!... ¡ Pronto, por Dios!

GONZALO ¡ Tome usted! (¿Quéle ha dado ahora Señor,),

BLANCA ¡ Virgen santa! ¡ Sí, el mismo, el mismo!...

GONZALO ¿Pero hija, qué es eso? ¿Se vuelve usted loca?

BLANCA ¡ Sí, de esperanza, de alegría! ¿Pero no se ha apercibido usted de algo muy importante al oir la carta?

GONZALO No...

BLANCA ¿No ha oído usted el nombre de ese Arturo Mendoza? ¡ aquí está! ¡ mírelo usted por sus propios ojos!...

GONZALO Y bien...

BLANCA ¿Y en la carta de Roberto, no dice que sigue la pista a Arturo Mendoza de Quintana? ¡ Aquí lo tiene usted!...

GONZALO ¡ Dios mío! Acaso...

BLANCA ¡ Sí! ¡ acaso es el propio Ricardo! ¡ Debe de serlo! ¡ Es preciso que lo sea! ¡ Tenía que parecer... y ya era hora!

GONZALO ¡ Calma, calma!...

BLANCA ¡ Sí! ¡ Ya lo creo que la tendré! ¡ Mucha calma!... ¡ más de la que usted pueda esperar! ¡ Ahora soy yo... y veremos si se escapa!

GONZALO Lo primero es poner un cable a Roberto; está en París y por lo tanto muy cerca de... t

BLANCA ¡ No, no; nada de eso! ¡ No hay que precipitarse, calma! ¿ve usted? ¡ ahora soy yo quien recomienda la calma: ahora es cuando hace falta!!! —Dé-

jeme usted a mí, no vayamos a hecharlo a rodar todo: un cable, hay quien lo lee; puede seguir algún comentario, porpagarse la noticia por la prensa y llegar hasta el mismo interesado... Si resulta que no es él, se reirán de nosotros; y ri resulta serlo, desaparece! ¡Quien tanto ha esperado, bien puede esperar unos días más para asegurar el golpe!

GONZALO Pues escribiremos. Precisamente sale mañana correo para España; el «Infanta Isabel» y debemos aprovecharlo.

BLANCA ¡Ya lo creo que lo aprovecharemos! Ahora verá usted. (*Toca el timbre y se sienta a escribir*).

ESCENA 4.ª

Blanca, *Lola*, *Estrella*, *don Gonzalo* y *Federico* que entra. Después *don Antonio*.

BLANCA (*A Federico, que se presenta*). Que venga don Antonio (*Sale Federico. Se pone a escribir. Don Gonzalo se acerca a Estrella*).

GONZALO ¿Qué haces?

ESTRELLA Repasamos la lección. Aquí tengo el retrato de su hijo. ¿Lo ha visto usted?

GONZALO Sí. Yo te lo he traído.

ESTRELLA Quiero que le pongan un marco bien bonito y lo colgaré en mi gabinete.

GONZALO Te lo regalaré.

ESTRELLA Bueno, gracias.

ANTONIO (*Entrando*). A las órdenes de la señora.

BLANCA ¡Voy! ¡voy!... (*Sin dejar de escribir*). Ya está. ¡Oiga usted! (*A Gon-

zalo. Lee en voz alta). «Roberto. Salgo mañana en el vapor «Infanta Isabel» con rumbo a España. Le espero en Madrid cuanto antes, en casa de Matilde, mi antigua compañera de colegio, Paseo de Atocha, treinta y nueve, principal. Tengo sospechas fundadas de que está allí quien buscamos. Silencio absoluto hasta encontrarnos. Blanca». —¿Que le parece? (*Cierra la carta y escribe el sobre*)

GONZALO ¿De la carta? lacónica y expresiva. ¿De viaje? ¡una locura!

BLANCA Esperaba la contestación. Pero es cosa resuelta y sólo hay que hablar de los preparativos: lo ha oído usted, don Antonio. para mañana necesito un pasaje de primera y que me abra cuenta corriente en la Sucursal de Madrid, El Banco Español del Río de la Plata, por lo que pueda ocurrir. Esta carta, certificada, hoy mismo. —¡Lola!

LOLA ¿La acompañaré a usted, verdad?

BLANCA ¡No! te necesita Estrella.

ESTRELLA ¿Y a mí no me llevas?

BLANCA Imposible. Volveré pronto.

ANTONIO ¿Pero sola? José... yo mismo...

BLANCA ¡Nadie! No altero en nada mi plan y así me lo he trazado! Arréglame el equipaje; lo preciso solamente para permanecer en Madrid unos días... no quiero estorbos. Y ahora le toca a usted, don Gonzalo, también le necesito.

GONZALO ¡Pero, criatura!... ¿y si llega usted allí y ese señor es un buen sujeto que

no tiene nada que ver con nuestros asuntos?

BLANCA ¡Dios no lo permita! Pero aun suponiendo que así fuera... puede que no se pierda mi viaje.

GONZALO ¡Claro! Verá usted a Matildita... y a sus amiguitos... esos que les gustan las argentinas! ¿No decía usted hace poco que no estaba de humor para un viaje semejante?

BLANCA Pues a pesar de eso...

GONZALO ¿Y a pesar de que están echando barcos a pique todos los días?

BLANCA ¡A pesar de todo!

GONZALO Pues no lo apruebo.

BLANCA Pero oiga usted... Entremos en razón... (*A él solo*). ¿No comprende usted que si decimos a Roberto lo que pasa y va a Madrid y Mendoza no es Valle, no vamos a volver a verle? ¡Por qué si ahora no le encuentra, no le encuentra en la vida! Y bien claro la manifiesta a usted en su carta que si no, no vuelve! ¿Y quién le dice que yo no tenga bastante influencia sobre él para obligarle a que me acompañe en mi regreso?

GONZALO ¡Ah, Blanca!... ¡Sí; usted todo lo conseguiría!

BLANCA (*En alta voz*). ¿Con que le parece que debo o no embarcarme?

GONZALO Sí, bien pensado... me parece que sí. Y usted dirá en lo que puedo servir...

BLANCA Deseo que vea a Salazar el Notario y, usted que entiende de estas cosas, se lo explicará mejor. El caso es que yo firme mi testamento mañana antes de

embarcar, por lo que pudiera ser... dejando heredera universal a mi Estrella y quedando usted como tutor; y en su defecto, Roberto.

GONZALO Lo haremos así; porque si no, sus dichosos nervios la tendrían intranquila durante el viaje. Está bien, todo quedará a medida de sus deseos. Y puede irse confiando en todos... y en mí, que estaré a la mira...

BLANCA Iba a suplicárselo. Lo saben ustedes en mi ausencia manda aquí el señor, como si fuera yo misma.

ANTONIO Está bien, señora. Todos velaremos por el cumplimiento de nuestra obligación y rogaremos a Dios por el buen éxito de su empresa y por su feliz regreso.

BLANCA Que espero será muy pronto. Y si el cielo oye vuestra súplica, será en beneficio de todos. ¡Así, pues, aprovechemos el tiempo! Manos a la obra don Antonio. (*Este saluda y sale*). Lola? ya sabes... ve.

ESCENA 5.ª y última

Blanca, *Estrella* y *Gonzalo*.

ESTRELLA ¡Pero mamaíta de mi alma, he de estar mucho tiempo sin verte?

BLANCA Mediante Dios, mes y medio solamente.

ESTRELLA ¡Cuántos días!...

BLANCA Pero en cambio te daré una alegría al volver, porque Roberto vendrá conmigo. Y si no me fuera, acaso no le volverías a ver más...

ESTRELLA ¡No, no! pues vete.

BLANCA ¡Ya lo ve usted! Su hijo es la palabra mágica que me permite alcanzar la conformidad de todos!

GONZALO ¡Para bien sea! Y escuche usted. Blanca; ya sabe que quise marchar con Roberto y el Presidente me negó la licencia, prestando en cambio su apoyo moral a mi hijo para el caso de justicia que persigue. Pues bien, si usted quiere mi compañía, estoy dispuesto a presentar la dimisión para seguirla.

BLANCA ¡No! su presencia aquí es más útil para mí, que viniendo conmigo. (*Rapidez*). Me acompañará usted al vapor y me dará el abrazo de despedida como si abrazara a una hija... ¡y Dios decidirá lo demás!

GONZALO ¡El la inspire!

BLANCA ¡Ya lo ha hecho! ¡Nada más debemos pedirle! ¡Ahora nos toca a nosotros acatar con sumisión el desenlace de este drama, sea cual fuera, porque así lo tendrá escrito en su divino libro! ¡Y con esta fé cristiana en el alma y el propio esfuerzo en el corazón, a la lucha, Blanca, a la lucha sin retroceder un paso hasta vencer o morir!

(*Telón rápido*)

FIN DEL CUARTO ACTO

ACTO QUINTO

CUADRO PRIMERO

Gabinete en casa de Ricardo, en Madrid. Un retrato del mismo, como vaya caracterizado en la actualidad, colgado de la pared. Centro de sala entre dos butacas o mecedoras, con recado de escribir, timbre, cigarrera con puros habanos, libros, etc.

ESCENA 1.ª

Ricardo dispuesto para salir. Entra el criado *Juan* que anuncia a *Alberto*.

RICARDO — Enrique no parece... ¿a qué hora querrá que almuerce yo ese desahogado?

JUAN — ¿Don Arturo?

RICARDO — ¿Qué hay? ¿Vino don Enrique?

JUAN — No, señor. Quien desea ver a usted es don Alberto Rodríguez.

RICARDO — ¡Que pase, hombre! ¿Está preparado el auto?

JUAN — Sí, señor. (*Sale*).

RICARDO — No me esperaba su visita. Mejor; almorzaremos juntos los tres y con ello recordaremos el que celebramos hace mes y medio cuando me batí con don Anselmo. Precisamente me apadrinaron los dos.

ALBERTO — ¡Mi querido Arturo!

RICARDO — ¡Ola, Alberto! ¡Qué sorpresa tan agradable! No le esperaba...

ALBERTO — Como usted no va... vengo yo. (*Se sientan*).

RICARDO — No hace más que tres días...

ALBERTO ¡Cuatro, amigo mío! Cuatro, que no tenemos el gusto de verle entrar por mi casa, que es también la de usted.

RICARDO Gracias, igualmente. Y no le extrañe... hoy pensaba volver...hay tantos compromisos... Pero perdone que no le haya preguntado por su esposa.

ALBERTO Matilde está divinamente: como siempre. Hoy, algo contrariada...

RICARDO ¿Cómo es eso?

ALBERTO Porque es la primera vez que la voy a dejar sola. Está acombrada a acompañarme siempre en mis viajes y en éste no era oportuno llevármela.

RICARDO ¿Pero es que se marcha usted?

ALBERTO Diez o doce días solamente.

RICARDO (¡Lo celebro!)

ALBERTO Llevo a París una misión diplomática de mucho interés y corta duración. Y como voy acompañado del cónsul francés, que también deja aquí a su mujer, no era propio que yo fuera con la mía.

RICARDO ¿Y cuando sale usted?

ALBERTO Dentro de una hora o poco más. Pero no he querido marchar sin despedirme de usted.

RICARDO ¡Se lo estimo muchísimo! y siento la precipitación, porque al oir que el criado me anunciaba su visita, me figuré que nos acompañaría usted a Enrique y a mí, para almorzar juntos.

ALBERTO Pues hoy me es imposible, porque tengo el tiempo tasado. Me espera el coche y no puedo entretenerme por-

que voy a buscar al cónsul para ir juntos a la estación, según acordamos ayer. Así es que admito el convite, para cuando vuelva.

RICARDO Con mucho gusto.

ALBERTO ¿Quiere usted algo para la capital de Francia?

RICARDO Gracias. Aquello es muy hermoso... pero me place más la vida de Madrid y prueba de ello es que me he instalado definitivamente. Ya me cansé de viajar y aquí me encuentro muy bien, muy a mi gusto y completamente tranquilo.

ALBERTO Celebro su determinación, pues nos proporcionará el placer de estrechar nuestras amistades.

RICARDO ¡Así lo espero!

ALBERTO Con que hasta la vista. (*Se levanta*).

RICARDO (*Idem*). ¿Ya se marcha?

ALBERTO Sí, es preciso. Adiós, querido amigo... (*Se dan las manos*).

RICARDO Recuerdos a las francesas...

ALBERTO ¡Bah!... le aseguro a usted que no me preocupa más que mi Argentina...

RICARDO Lo comprendo: ¡de eso hay poco! (*Toca el timbre y sale Juan*).

ALBERTO ¡Gracias! ¡Vaya, hasta la vuelta!

RICARDO Adiós, Alberto.

ESCENA 2.ª

Ricarlo. A poco *Juan* y *Enrique.*

RICARDO ¡Perfectamente! La suerte me acompaña. Ese viaje me deja ancho campo para ultimar la conquista de Matilde, que ya estaba al caer. Y el caso es que ha llegado a interesarme esa mu-

jer más de lo regular... la hermosura y la resistencia a quién no inflaman? (*Se dispone a escribir*). Preparemos el terreno. La anunciaré mi visita para esta tarde y mi extrema decisión de resolver el asunto hoy mismo. Me juego el todo por el todo... pero si me recibe sé que entro en país conquistado. (*Pausa. Escribe*).

JUAN ¿Señorito?

ENRIQUE ¡Quita, hombre, quita! ¿Qué me vas a anunciar, si hace una hora que me está esperando! ¿Arturillo?

RICARDO ¡Ola Enrique! Dispensa un momento...

ENRIQUE ¡Sí, hombre! los que quieras... (*Coje un tabaco y lo enciende*).

RICARDO (*A Juan*). Y tú aguarda también. (*Pausa*).

ENRIQUE ¡Largo plumea!...

RICARDO Ahora, el sobre...

ENRIQUE (*A Juan*). ¡Chuti! «Esa carta irá dentro del horario en que reza doña Inés», ¡Oye! ¿se llama Inés tus Dulcínea?

RICARDO No. Matilde.

ENRIQUE ¡Pobre Maleck Adel!

RICARDO (*A Juan*). Toma, mándala en seguida.

JUAN ¿Espera respuesta?

RICARDO No. (*Sale Juan*). ¿Cómo vienes tan tarde?

ENRIQUE ¿Tarde y aun me haces esperar? ¿Hay apetito?

RICARDO ¡Mucho! Vamos allá.

ENRIQUE Pero oye: ¡hoy te convido yo! No es justo que tú pagues siempre.

RICARDO Como quieras. No vamos a reñir por eso.

ENRIQUE ¡Pues así quedamos! Andando y viva el champagne... ¡Ah! tengo que pedirte un favor... es cuestión de unos días... ya te lo explicaré... que me prestes mil pesetas.

RICARDO ¡Sí, hombre! (*Saca su cartera y le da un billete*). Toma.

ENRIQUE Y no pases cuidado...

RICARDO ¡Calla, hombre! (*Saliendo*).

ENRIQUE (Que no las vuelvas a ver más). (*Idem*).

ESCENA 3.ª

Entra *Juan*. Luego *Pedro*.

JUAN ¡Gracias a Dios, que se ha marchado! ¡Qué cómodo es mandar! ¡Se creen estos señores que nosotros somos de goma! (*Se arrellena en una butaca, enciende un tabaco y toca el timbre*). Afortunadamente espero que todo cambiará pronto y que en vez de servir, tomaré criado. Mi plan necesita de un cómplice para poder llegar a feliz término y teniéndolo en casa ¿para qué he de buscarlo fuera?

PEDRO Habrás llamado tú, porque al señor le vi salir.

JUAN Sí, yo he sido.

PEDRO ¿Y qué te se ofrece, que no puedas hacértelo tú mismo? ¡Pareces el amo!

JUAN Te he llamado para dispensarte el favor de consultarte un asunto de interés.

PEDRO Eso es otra cosa.

JUAN Siéntate.
PEDRO Con mi permiso. (*En la otra butaca*).
JUAN ¡Fuma! (*Le da otro puro*).
PEDRO ¡Muchas gracias! (*Enciende*).
JUAN Antes que nada, dime qué concepto te ha merecido nuestro amo.
PEDRO Me ha parecido un poco orgulloso: pero si tiene tantos millones como tú dices... se le puede pasar.
JUAN ¿Y qué más?
PEDRO No le he notado otra cosa.
JUAN Pues yo sí: me parece que le sobra algo... (*Con misterio*).
PEDRO No te entiendo.
JUAN Algo que a nosotros nos falta.
PEDRO Cómo no sea dinero...
JUAN ¡Has acertado! Veo que no eres tan torpe como pareces.
PEDRO Bien y...
JUAN ¿Puedo confiar en tu discreción?
PEDRO ¡Es claro!
JUAN ¡Tengo una gran idea! Yo quisiera ser rico. ¿Y tú?
PEDRO ¡También! ¿Qué idea es esa?
JUAN Que podríamos serlo... con un poco de eso que a él le sobra.
PEDRO Es verdad. Pero no querrá darlo...
JUAN ¡Naturalmente, cándido!
PEDRO Me llamo Pedro, no Cándido.
JUAN Si el caso no es pedírselo, si no encontrar el medio de agenciárnoslo sin permiso suyo.
PEDRO Eso es difícil...
JUAN ¡Quién sabe! ¿Tú estás dispuesto a lo que yo te diga?
PEDRO ¡Hombre! según...
JUAN ¡Sin rodeos!

PEDRO Pues bien, ¡sí! ¡Pero... mucho ojo!

JUAN Confía en mí.

PEDRO ¿Qué hay que hacer?

JUAN Oye mi plan. Yo tengo relaciones de cierta clase... con una rubita muy linda.

PEDRO ¡Ya!

JUAN Y al amo le gustan mucho las rubias.

PEDRO ¡Y las morenas!

JUAN Hace unos días que os dí licencia para salir por la tarde... porque tenía que venir ella y no quería que la vieseis. Yo no esperaba al amo ¡ni mucho menos! pero se presentó y como tiene su llave, me pilló en este mismo sitio y a ella donde tú estás y encima de esta mesa una merienda de ¡ole con ole!

PEDRO ¡¡Olé!! y te pegó un palo...

JUAN ¡Eso me esperaba... pero no! Se quedó mirándola con ojos de codicia y me preguntó quién era. Le dije lo primero que se me ocurrió: «es mi sobrina, señor, que llegó ayer de Calasparra con su madre y ha venido a verme».

PEDRO Con que de Calasparra, ¿eh? ¡Valiente tío estás! Sigue...

JUAN Pues bien, como yo vi que le gustó la chica, nada más fácil que hacérsela desear hablándole de ella y diciéndole que no hace otra cosa más que preguntar por él... etcétera! Conseguido ésto, me encargo de arreglarles una cita aquí mismo con el consentimiento de la madre, por supuesto: pero para ello y como para inspirarlas confianza, le hago que me firme un papel

que diga: «El portador obra por orden mía. Arturo Mendoza de Quintana».—¡Bueno! ya tengo ese papel: y él ya tiene la chica... ¡es un suponer!

PEDRO Sigue, sigue.

JUAN ¡Y ahora entras tú! La mañana que te avise y cuando más dormido esté nuestro hombre, entras en su habitación y como aquel que va a cepillarle la ropa, le sacas de este bolsillo del chaleco una llavecita muy rara que encontrarás. La rubia estará aquí y en el caso de que el amo llamara, entraría ella con cualquier excusa para entretenerle hasta que tú vuelvas y pidas permiso para entrar una carta, que yo escribiré despidiéndome de él, por aquello del honor!... pues no estaría bien que yo siguiera en la casa, después de lo de la sobrina...

PEDRO ¡Claro!

JUAN En esto, nosotros habremos ido al Banco en coche. Y con la llavecita que tú llevarás, abrirás cierta cajita de valores que te indicaré y que tiene alquilada don Arturo. Sacarás un fajo de billetes de los que yo vi el día que le acompañé a depositarlos allí...

PEDRO ¿Tú fuiste con él?

JUAN Sí; para llevarle el saco de mano. ¡Cómo iba a suponer lo que llevaba! Me quedé como muerto del susto cuando empezó a sacar fajos y meterlos allí!

PEDRO ¡Si soy yo... me da algo!

JUAN ¡Qué va a dar, si es un tío roñoso!

PEDRO — No digo él: quiero decir que me da algún patatús! Adelante...

JUAN — Pues bien, como para él lo mismo es un fajo más o menos, se lo quitamos. Y acaso no llegue a notarlo nunca. Supongamos que el fajo contenga... un millón de pesetas, te doy la cuarta y eres millonario!

PEDRO — ¡Juan de mi alma!

JUAN — Entérate bien: cuando regreses con mi carta y se la entregues, lleva un cepillo en la mano y la llavecita, coges el chaleco y lo cepillas delante de él, metiendo la llave con disimulo. Después, cuando el amo salga de casa, vienes a buscarme donde ya te diré; me lo cuentas todo... y liquidamos. ¡Y luego, haces de tu capa un sayo!

PEDRO — ¿Y de la niña, qué?

JUAN — ¡De la niña, ná! No te ocupes de eso, que es cosa mía.

PEDRO — Bueno. Reconozco tu talento y te agradezco que te hayas acordado de mí. Todo lo has dispuesto admirablemente, si sale bien. Pero supongamos ahora que vamos al Banco y uno de los de gorra con galón se encara conmigo y a pesar de que llevo la lleve me dice: «¿Con qué autorización abre usted ahí?»

JUAN — Entonces sacas un papelito que te habré entregado y se lo enseñas.

PEDRO — ¿Qué papelito?

JUAG — Aquél que dirá: «El portador obra por orden mía. Arturo Mendoza de Quintana».

PEDRO ¡Qué cabeza tienes! Tú no debes estar sirviendo! ¡Dame un abrazo!

JUAN ¡Ya lo creo! ¡Te repito que ni una palabra a nadie!

PEDRO ¡Descuida! Cuando yo sea millonario cualquiera me saca a mí una palabra de la boca; ni un duro del bolsillo!

JUAN Están llamando... ve tú mismo.

PEDRO Voy. (*Sale*).

JUAN Bueno es saber que cuenta uno con ayuda de vecino a quien poder endosar el muerto en caso de necesidad.

PEDRO (*Entra muy asustado*). ¡Juan, estamos perdidos!...

JUAN ¿Pues qué pasa? (*Tranquilo*).

PEDRO ¡Miré por la rejilla y quien llama... es la policía!

JUAN No te asustes así. ¿Qué podrá ocurrir?

PEDRO ¡Que habrán penetrado nuestros designios!

JUAN Por ahora nada hay que temer. Llaman otra vez. No seas lila y abre sin miedo, que aquí estoy yo! (*Sale Pedro*). Es un poco sandío para cómplice. Pero ya se espavilará a mi lado. La cuestión es dar un buen golpe de mano, a lo Candelas! me parece que vienen...

ESCENA 4.ª

Juan. Pedro. Fígaro y un *Delegado* con bastón de mando.

PEDRO (*Dentro*). Por aquí señores. (*Entran*). Ese es Juan.

JUAN (*Se levanta*). ¿Es a mí a quién busca el señor Delegado?

DELEGADO He preguntado por don Arturo Mendoza de Quintana y ese hombre me l a indicado que usted podría dar razón...

JUAN Don Arturo es mi amo y hace un buen rato que salió en su automóvil con un amigo que vino a buscarlo. Ignoro donde puede estar en este momento y la hora en que volverá. Si viene a comer, suele hacerlo a las ocho, pero los más de los días no come en casa.

DELEGQDO ¿A qué hora acostumbra a retirarse?

JUAN Siempre tarde: de madrugada... pero tampoco viene todas las noches.

DELEGADO (*A Fígaro*). Usted dispondrá.

FÍGARO El caso es que yo le vea, para salir de dudas. ¿Hay en la casa algún retrato de su amo?

JUAN Ese.

FÍGARO ¡El es! ¡Al fin!

DELEGADO ¿Está usted seguro?

FÍGARO ¡Completamente!

DELEGADO Pues mande como guste.

FÍGARO ¿Desde cuándo está usted al sevicio de ese señor?

JUAN Medio año... Servía como camarero en el Hotel de Roma donde él fué a hospedarse un mes antes, cuando llegó de Londres. Me manifestó que iba a poner casa y me hizo buenas proposiciones para que entrara a su servicio, porque estaba muy contento de mí... y acepté.

FÍGARO ¿Trajo de Londres algún criado?

JUAN A nadie. Vino solo. ¿Pero es que ha hecho algo malo mi señor?

FÍGARO A su tiempo lo sabrá. Entre tanto, si no quiere usted contraer serias responsabilidades, no hable una sola palabra de este asunto con nadie.

JUAN No hay cuidado.

FÍGARO Y lo mismo le advierto a usted!

PEDRO Muy bien, señor.

FÍGARO ¿Hay fuera de la casa algún criado?

JUAN Luis, que fué a llevar una carta de parte del amo y el chauffer que anda con él.

FÍGARO Señor Delegado, hasta nueva orden que no salga nadie de esta casa incluso los ausentes cuando regresen. Que no se reciba visita alguna, ni se aperciba ningún extraño de que la casa está guardada. ¿Hay teléfono? (*A Juan*).

JUAN En el despacho del señor.

FÍGARO Pondrá usted guardia a fin de evitar que nadie pueda hacer uso de él. Cuando regrese don Arturo sea hoy o mañana, al cruzar el dintel de la puerta, hay que sujetarle y ponerle esposas antés de que pueda defenderse o retroceder. Inmediatamente, sin dejarle comunicar con nadie le conducen en su mismo auto a disposición del Gobernador, con quien yo me pondré de acuerdo para trasladarlo a Buenos Aires con todo lo que podamos recuperar. Como su captura es de suma importancia, le ruego que usted mismo la dirija. Y al portero le hace vigilar constantemente para impedir cualquier indiscreción al regreso de nuestro buen amigo.

DELEGADO Todo se hará cómo ha indicado usted.

FÍGARO Yo voy al Banco, para tomar allí idénticas precauciones por si le diera la idea de ir a buscar fondos. Según datos que nos ha suministrado el contador, tiene depositados diez millones de pesetas. Salvo lo que puede encontrársele en casa, y contando con los cambios de moneda, ha derrochado en dos años unos dos millones...

JUAN ¡Qué atrocidad! (*A Pedro*). ¿No te decía yo?

DELEGADO Y según noticias de aquel proceso, lo que se recupere le pertenece a usted por haber descubierto al asesino?

FÍGARO No; renuncié a favor de la hija del General, que es la legítima heredera. No he recorrido el mundo tras la fortuna. Persigo un fin más noble: además del cumplimiento de mis deberes, busco también al asesino de mi madre!

DELEGADO ¿El mismo?

FÍGARO Sí, señor. ¡El mismo! Ricardo del Valle, que hoy se hace llamar don Arturo Mendoza de Quintana, me privó de ella en la más tierna edad!

DELEGADO Pronto lo pagará todo.

JUAN (*A Pedro*). (¡Nos deshacen la combina!)

PEDRO (Valiente pájaro era el amo).

FÍGARO ¡Confío en usted! Voy al Banco y después a ver si ha llegado la señora viuda de Salcedo, que debió ayer desembarcar en Cádiz después de un retraso de tres días, según el parte oficial, por avería de la máquina. Ardo

en deseos de ponerla al corriente de mis afortunadas gestiones, gracias a la ayuda de ustedes.

DELEGADO — Y a su actividad, señor detective.

FÍGARO — No tardaremos en vernos. Adiós...

DELEGADO — Acompaño a usted. (*A los criados*). ¡Síganme! (*Saliendo con Fígaro*)

PEDRO — (¡Fracasó tu plan!

JUAN — ¡Sí! ¡Después de cavilar tanto!)

(*Mutación*)

CUADRO SEGUNDO

Telón corto. Una calle de Madrid, de buen aspecto.

ESCENA 5.ª

Si el teatro lo permite, cruzará el escenario un auto guiado por el chauffer, conduciendo a *Blanca* y su equipaje. Algunos *transeuntes* pasarán también durante el cuadro. Entran *Ricardo* y *Enrique* excitados, alegres, por el Champagne.

ENRIQUE — ¿Pero qué idea te ha dado, de despedir el auto?... Parecemos de la plebe...

RICARDO — Me molesta la trepidación después de las comidas.

ENRIQUE — Sí, tienes razón; yo sentía en mi estómago así como si hubiesen resucitado las ostras y bailaran un tango con los langostinos...

RICARDO — Me parece que me has hecho beber demasiado champagne.

ENRIQUE — Pues no he bebido yo menos y estoy dispuesto a repetir, si quieres.

RICARDO — Ahora no... esta noche. Mi cabeza no está firme del todo... y ya sabes que tengo que hacer...

ENRIQUE ¡Ah, sí! la corona de Maleck-Adel. (*Ríen*).

RICARD- (*Por una que pasa*). ¡Mira qué rubia tan hermosa!

ENRIQUE ¡Qué va! ¡Si es negra como el azabache! la ves del color del champagne. «Todo es según el color del cristal con que se mira».

RICARDO ¡Calla; pareces un cómico!

ENRIQUE ¿Y qué? No sería nada malo con tal que lo fuera bueno. Afición no me falta y ojalá en vez de haber estudiado medicina hubiera estudiado una docena de dramas: siquiera sabría algo, porque de lo otro no ha retenido mi memoria ni una jota. No te quepa duda; recitaría mejor que receto.

RICARDO Bueno es saberlo, para no llamarte cuando me ponga enfermo.

ENRIQUE ¡Es que no iría! ¡Te aprecio demasiado! Por lo demás, todos somos cómicos: unos en el escenario y otros en casa; pues, como dijo el otro: «El mundo comedia es».

RICARDO Bueno; lo que tú quieras; pero continuemos nuestro paseo para ayudar a la digestión.

ENRIQUE Dices bien: «Ayúdate y te ayudaré!» por lo cual nos ayudaremos con un buen ponche en el café más próximo.

RICARDO No me hagas beber más.

ENRIQUE ¡No admito réplicas, que hoy pago yo! (*Salen*).

(*Mutación*)

CUADRO TERCERO

Elegante Salón en casa de Matilde. En el fondo, junto a la puerta de entrada, una panoplia de armas a cada lado con armas de varias clases y un juego de floretes cada una: uno de ellos figura ser sin botones. Un timbre, etc., etc.

ESCENA 6.ª

Matilde. En seguida *Luisa.* Después *Blanca.*

MATILDE ¡Qué fastidio, qué aburrimiento Apenas se ha marchado y ya no puedo estar... Señor, ¿qué va a ser de mí en estos diez días de soledad? ¡Yo no los resisto!... ¡Yo me muero! ¿Y para ésto se casa una? ¿Para que la dejen sola, sin saber lo que puede pasar?... Para exponerse a recibir cartitas como la del señor Mendoza de Quintana... Y el caso es que Alberto ya estaba medio convencido para llevarme con él, como siempre, ¡y el cónsul ha metido la pata! Por no querer cargar con su mujer, porque estará cansado de ella... lo pago yo y no voy tampoco... ¡cómo si yo tuviera algo que ver con esa señora! ¡Pues cómo venga a visitarme su mujer, ella lo paga! (*A Luisa, que entra*). ¿Qué quiéres tú?

LUISA Una señora pregunta por usted.

MATILDE ¡La del cónsul!

LUISA No, no es doña Adela; es una forastera que viene con su equipaje y todo, como si llegara a su casa. Está despidiendo al mozo... la he pedido el nombre y dice que la quiere sorprender a usted.

BLANCA (*Dentro*) ¡Matilde!...

MATILDE ¿Esa voz? (*Corre hacia la puerta*).

BLANCA (*Más cerca*). ¡Matilde!...

MATILDE ¡Si es Blanca! ¡Dios mío, Blanca!.. (*Se presenta Blanca*).

BLANCA ¡Sí, querida, soy yo!... (*Se besan con gran ternura*).

MATILDE (*A Luisa*). Prepara la habitación del señorito, pon allí el equipaje y cuando él regrese... ¡ya veremos!

BLANCA ¿Está ausente Alberto?

MATILDE ¡Se ha ido hoy a París, solo! Y por diez días!... pero mira, ahora me alegra no haberme ido con él! ¡Si llego a marcharme y no me encuentras!... no lo quiero pensar... ¡bendita sea la del cónsul! si no es por ella... ¿Pero por qué no me has avisado, loca? habría ido a la estación a esperarte y no te hubieras expuesto a encontrarte con la puerta cerrada, pues no tengo más servidumbre que Luisa y me la llevo cuando salgo fuera.

BLANCA ¡Quería darte la sorpresa! trocar en realidad el sueño que me explicabas en tu carta. ¡Debe ser tan hermoso, Matilde, tener un sueño agradable y verlo trocado en realidad!...

MATILDE ¡Ay, sí! ¡qué alegría tengo!

BLANCA ¡Yo también traigo muchas alegrías! Pero dime... hablemos, hablemos de todo...

MATILDE Quítate el sombrero. (*Ayudándola*). ponte cómoda, mujer... ¿quiéres descansar? vendrás rendida...

BLANCA Nada de eso; he hecho el viaje con toda comodidad y estoy como si tal cosa...

MATILDE ¿Has almorzado? nosotros lo hemos

hecho temprano por la marcha de Alberto, pero en seguida...

Blanca — ¡No, no! ¡si te digo que sí! y divinamente, en el mismo exprés.

Matilde — Pero querrás algo...

Blanca — Por ahora nada, nada más que charlar...

Matilde — ¿Te mareaste en el vapor?

Blanca — ¡No!

Matilde — ¡Yo mucho!...

Blanca — Lo que me ha contrariado grandemente son los tres días de retraso que traemos, por averías en la máquina.

Matilde — ¿Te habrás asustado?

Blanca — ¿Asustarme yo? no, querida, ya estoy acorazada! Pero me convenía haber llegado antes que otra persona que... dime: ¿nadie ha preguntado por mí?

Matilde — ¡Ay, que cabeza la mía! no me acordaba... Preguntar por ti precisamente, no...

Blanca — ¡Ay, me alegro!

Matilde — Pero ayer, se presentó un joven muy distinguido y simpático que... tal vez esto guarde relación con tu viaje... ¡sí, debe ser eso!

Blanca — ¡Habla, mujer!

Matilde — ¡Verás! Primero me hizo pasar esta tarjeta... (*Le muestra una*).

Blanca — «Fígaro. Detective Sud-Americano». «¡Precisamente, Matilde! este joven joven es a quien me refería. ¡Ha llellagado antes! es claro. ¿Dijo dónde se hospedaba?

Matilde — No, pero déjame acabar.

Blanca — ¡Sí, sí!

MATILDE — Pues, naturalmente, le recibí en seguida; porque ¡quién hace esperar a un detective!... y no he visto hombre más reservado! Me dijo: «Perdone usted señora que venga a molestarla, pero acabo de llegar de París y me urge saber si ha recibido usted la visita de alguna persona forastera». Le contesté que no y murmuró: «Es muy extraño! el vapor tocó en Canarias, me consta y debió llegar a Cádiz.. en fin, me informaré». Y volviendo a dirigirse a mí, añadió: «Con el permiso de usted volveré mañana y me retiro, pues asuntos de gran interés y mayor urgencia me lo exigen. A los pies de usted». Mi curiosidad se estrelló ante su reserva y se marchó Pero en fin, ahora me lo explico... él sabía tu llegada y... ¿y quién es? ¿de qué le conoces?

BLANCA — Ese señor que tan simpático te ha sido, es hijo de don Gonzalo, el Jefe Político de nuestro país.

MATILDE — ¡Ah... ya!

BLANCA — Y encargado oficialmente de la busca y captura del asesino de mi Rodolfo. ¿Y dijo que volvería hoy? ¿ha vuelto?

MATILDE — Hasta ahora no. Yo no he salido y me hubieran avisado... a no ser que... Espera! (*Toca el timbre*). no lo extrañes, dijo que tenía asuntos tan urgentes...

BLANCA — ¡Es natural! habrá revuelto medio Madrid... y como su nombre es (*con-*

sigo misma) ya tan conocido ¡quién sabe si a estas horas!...

LUISA (*Entrando*). ¿Qué manda usted?

MATILDE ¿No ha vuelto el joven de ayer?

LUISA ¿El de la tarjeta? no, señora.

BLANCA Cuando llegue, no le detengas! Le acompañas aquí inmediatamente!

LUISA Muy bien.

BLANCA Toma. (*De su bolso de mano saca una moneda y se la da*).

LUISA Gracias. Voy a terminar de arreglar el gabinete (*Vuelve*). La señora debe haberse equivocado: es un onza de oro lo que me ha dado.

BLANCA Ya lo sabía: para ti.

LUISA ¡Ay, Dios mío! Es la primera que veo en mis manos! ¡Muchísimas gracias! (*Sale*).

MATILDE ¿Pero es que tenéis esperanzas de hahallar en Madrid al criminal?

BLANCA Una vaga esperanza... pronto veremos... Pero, volviendo a tu carta, dime... dime: ¿Te dejó en paz aquel Tenorio que te perseguía?... el amigo de Alberto?

MATILDE ¡Calla, mujer! ¡No has visto hombre más terco, ni más osado! ¡qué va a dejar en paz! Ahora verás... (*Le da la carta de Arturo*). ¡Lee eso! No hace dos horas que la recibí...

BLANCA (*Lee*). «Matilde. Su esposo acaba de venir a despedirse de mí y a reñirme porque hace cuatro días que no voy a verla a usted. Tiene razón; a veces cuatro días son cuatro siglos. Pero de hoy no pasa y le anuncio mi visita para esta tarde, esperando de su

amabilidad que podré verla sin testigos; pues deseo hablarla a fin de que quede resuelto hoy el asunto de que tantas veces hemos tratado y que tan preocupado me tiene. Suyo, Arturo». ¡Perfectamente!

MATILDE Creía conocerte mejor: ¡me dejas asombrada!

BLANCA ¿Por qué?

MATILDE ¡Porque cuando pensaba que ibas a enfurecerte y ofrecerme tu amparo para deshacerme de tan grave compromiso, te veo con esa cara de Pascuas que rebosa satisfacción!

BLANCA No puedo negarlo. Pero no es por lo que tú te figuras.

MATILDE Ten la bondad de explicarte.

BLANCA Te lo prometo, pero no en este momento. Ahora dime tú qué es lo que pensabas hacer, porque este es un caso decisivo.

MATILDE Primero, pensaba hablarle muy seriamente; pero, la verdad y en confianza... chica, tengo miedo a ese hombre y no queriendo encontrarme a solas con él, he dado orden terminante de que si viene durante la ausencia de Alberto alguno de sus amigos, no se le reciba ni se me pase recado siquiera.

BLANCA ¡Desgraciada! (*Furiosa*).

MATILDE ¡Blanca! (*Asustada*).

BLANCA ¿Has dado esa orden? ¿Qué has hecho Matilde? (*Toca el timbre*).

MATILDE ¿Y tú qué vas a hacer?

BLANCA ¡Déjame a mí; ¡pues no tengo pocos deseos de conocer a ese hombre!

(*A Luisa que entra*). Escucha: la orden que te ha dado tu señora de no recibir a ningún caballero en ausencia del señor, no reza con don Arturo Mendoza, ¿entiendes?

LUISA Sí, señora.

BLANCA ¡Qué! ¿Acaso ha venido?...

LUISA Hace días que no viene.

BLANCA ¡Bien! Pues ya lo sabes; si por casualidad se presentara, le anuncias; ¡pero cuidado con que le digas que hay alguien con tu señora! Si lo preguntara, terminantemente le dices que está sola. ¿Me has oído bien?

MATILDE Pero Blanca...

BLANCA ¡Pero Matilde! ¿Me has oído bi[illegible]

LUISA Sí, señora, sí. Lo haré como usted me manda. No pase cuidado. (*Sale*).

MATILDE Pero ¿qué intentas?

BLANCA ¿No lo he dicho ya? Conocer a ese Don Juan... y conseguir que no vuelva a importunarte más.

MATILDE ¡No le conoces!

BLANCA ¡Pues por eso quiero verle: para conocerlo!

MATILDE Bueno. En ti confío. Yo le hubiera dicho claramente a Alberto... pero temo que le provoque y me lo mate Arturo.

BLANCA ¿Tan diestro es en las armas?

MATILDE ¡Mucho! Mira, éste es el estoque con que hirió al pobre don Anselmo en el duelo que te decía en mi carta. Como Alberto fué padrino suyo, los prestó. ¿Ves?... A pesar de limpiarlo bien, aún se conoce la mancha de sangre.

BLANCA Sí, la veo... ¿y este otro? (*Los exami-*

mina bien, fuera de la panopliaн luego los vuelve a colocar ella misma).

MATILDE — El compañero de ese. Y aquellos otros dos tienen botón porque sólo sirven para ensayarse.

BLANCA — Sí, ya veo... ¿Con qué Alberto fué padrino de Arturo y sin embargo hace el amor a su mujer? ¿Pues cómo entiende ese señor las leyes del hohonor? ¿Sabes que ese caballero, no sé por qué me parece que debe ser un canalla? ¿Y es éste el salón en donde dan sus asaltos vuestros amigos, según me decías?

MATILDE — Aquí mismo: se separan los muebles...

BLANCA — Sí; está bien.

LUISA — (*Entrando*). Señoritas, ahí está...

BLANCA — ¿El joven de ayer?

LUISA — No. Si hubiera sido él, sé que debía acompañarlo en seguida sin avisar. Es el señor Mendoza...

MATILDE — ¡Arturo!

LUISA — Sí, don Arturo.

BLANCA — (¡Gracias a Dios!) No te inquietes, mujer; si es Arturo... yo lo arreglaré. Y si no lo fuera... para qué quería más ese hombre?

MATILDE — Sí! Si dice Luisa que es él.

BLANCA — ¡Pronto lo veremos! Vaya, no hay que hacerle esperar. Recíbele, que quiero verle y oirle a mis anchas antes de que me vea: esa cortina va a servirme para el caso. (*A Luisa*). ¡Corre, hazle entrar! (*Sale Luisa*). Me oculto y nada temas; un momento no más y no le pierdo de vista ¡qué he de perderle de vista ¡A ver

cómo se presenta... a ver lo que dice!... ¡Y tú déjale hablar, déjale hablar cuanto quiera... que yo saldré á contestarle! (*Se oculta*).

ESCENA 7.ª y última

Matilde, Blanca, oculta; *Luisa* que precede a *Ricardo* y al final *Fígaro* y *Luisa*, que hizo mutis

LUISA El señor Mendoza de Quintana. (*Se retira*).

RICARDO ¡Matilde! (*Viene alterado por la bebida, pero sin exageración*). Aquí estoy. ¿Recibió usted mi carta?

BLANCA (¡¡El es!! ¡Dios me valga!).

MATILDE Sí, don Arturo, recibí su carta que me sorprendió mucho porque cartas de esa naturaleza no deben dirigirse a mujeres honradas y sabe usted que lo soy.

RICARDO ¡Sí, me consta! Pero usted sabe también que la amo y el amor no reconoce virtudes ni gerarquías; sólo reconoce su pasión y busca el modo de satisfacerla. Usted ha resistido bastante, cumpliendo así con las formas de de la honestidad; pero en este mundo todo tiene su límite ¡hasta la resistencia! No hay cable que no se rompa por fuerte que sea si la fuerza de la tirantez sobrepuja a la suya. Y en esto pasa lo mismo, Matilde; la fuerza de su voluntad se ha de romper forzosamente ante la de mi pasión, porque es más fuerte! Son leyes de la Naturaleza y somos muy dé-

biles los mortales para poderlas contrarrestar.

BLANCA (¡ Miserable !)

MATILDE. Pero soy casada...

RICARDO ¿ Y qué son las bendiciones nupciales?

MATILDE ¡ Bendiciones del cielo!

RICARDO Bendiciones de los hombres, Matilde. De los hombres, que por la propia afición de mezclarnos en los asuntos ajenos, tenemos la avilantez de mezclarnos hasta en los del cielo! Y lo más lamentable es que haya quién crea de buena fe que porque nos pongamos una sotana y estudiemos cuatro libros, podemos apropiarnos atribuciones del cielo, que sólo pertenecen a Dios!

BLANCA (¿Qué ocurrirá a Roberto que no viene?).

RICARDO Y sobre todo, si a usted le satisacen esas bendiciones, yo haré más; un hombre la bendijo una vez para que pudiera usted amar libremente a Alberto, pues otro hombre (*por si mismo*) la bendecirá todos los días para que pueda usted amarle a él.

MATILDE ¡ Arturo !

RICARDO No vaciles más, Matilde mía. Tú no tienes hijos que pudieran pedirte cuentas el día de mañana. ¿Que tienes marido? pero si ese te las pidiera, las solventaría yo! Además, si no quieres permanecer en Madrid, escoges el lugar que más te plazca del mundo, que yo poseo riquezas suficientes para tenerte allí como una Reina.

MATILDE (¿Qué hace Blanca?)...

RICARDO ¡No resistas más... si es inútil; has de ser mía! (*Yendo hacia ella*).

BLANCA ¡Atrás, miserable!

RICARDO ¡Qué ven mis ojos?... (*Retrocediendo*). ¿Habrá trastornado mis sentidos el vino?

BLANCA ¡No, Ricardo del Valle! ¡Quien tus ojos miran con espanto es Blanca Aguilar, la viuda del General Salcedo a quien asesinaste cobardemente!

MATILDE ¡Virgen santa!

RICARDO ¡Eso es falso! ¡Esa mujer está loca!

BLANCA ¡Sí! ¡Loca de placer, por haberte encontrado! ¡Ahora no te escaparás! ¡Aquí no hay puertas secretas por donde desaparecer, como genio infernal! Aquí no hay más salida que ésta... (*cubriendo la puerta del fondo*). y la guardo yo!

RICARDO Débil valla!

BLANCA ¡O más fuerte de lo que tú supones!

RICARDO ¡Lo veremos! (*Va hacia ella, quiere apartarla y recibe tan violento empujón que le hace caer contra una silla en que tropieza y de allí al suelo. Se levanta enfurecido, descompuesto y saca un puñal. Matilde, aterrada*). ¡Ah! ¡Maldita!
¿Qué has hecho? ¡Vas a morir!

BLANCA ¡Esa es el arma que tú sabes blandir; el puñal del asesino! ¡pero a mí no me asusta! (*Coge un florete*). ¿Es acaso el mismo con que mataste a mi esposo? ¿Es tal vez el que clavaste en el corazón de Elena de Castro, pa-

ra robarla, como robaste a mi Rodolfo?

RICARDO ¡Falso... falso!

BLANCA ¡Niegas inútilmente! Todo se descubrió al fin y el hijo de Elena te persigue hace dos años; sigue tus huellas; supo que te encontrabas en Madrid con nombre supuesto y te está buscando con fuerzas de policía y la orden de extradición!

RICARDO ¡Paso!... ¡paso! (*Blande furioso el puñal y avanza*).

BLANCA ¡Si llegas a mi alcance, te atravieso! (*Ricardo se contiene*).

MATILDE ¿Llamo?... (*Apenas puede articular palabra*).

BLANCA ¡No! ¡No quiero que le prendan todavía! ¡Quiero antes derramar en su alma toda la hiel con que amargó mi corazón! Sí, miserable; tú pensabas que Roberto había sido despeñado; pero Ramos conservó al niño y todo lo ha revelado! (*Ricardo da un rugido*). Ese niño, hombre ya, es el mismo que te busca con afán para vengar a su madre; para vengarme a mí y corresponder dignamente a tu fineza cuando quisiste matarlo villanamente dentro de tu propia jaula, ¡monstruo del infierno, haciéndola volar!

RICARDO ¡¡Basta!!

BLANCA ¡Todavía no! ¡Fiera acorralada, quiero que sepas que se salvó, para que tu rabia sea más intensa; quiero que sepas que fallecieron tus criados, para que (*De vez en cuando hace tentativa Ri-

cardo, de acometer, pero se encuentra con el estoque ante su pecho y retrocede). tus remordimientos sean más grandes cuando en tu última hora hagas la suma repugnante de tus crímenes! Y por si no fueran bastantes para exitar mi saña, aun tuviste el cinismo, la avilantez de pretender que yo compartiera contigo el tálamo nupcial, ¡ ¡ villano ! !

RICARDO ¡ Mujer infernal, que así has conseguido arrancar a mi ser su tranquilidad, ofuscar mi cerebro y conmover todas las fibras nerviosas de mi cuerpo... abre paso de una vez, o mueres, porque donde no llegue este hierro... *(Tira el puñal al suelo y consigue arrancar el otro estoque de la panoplia).* llegará éste !

MATILDE ¡ Ah ! *(Convulsa, retrocediendo hasta el último rincón).* voy a llamar... *(No puede hablar).*

BLANCA ¡ Calla !

RICARDO Por última vez: ¡ paso o lo abro yo !

BLANCA ¡ Ven a abrirlo !

RICARDO ¡ Tú lo has querido ! *(Ataca con furia, pero descompuesto por su estado nervioso y los efectos del alcohol. Blanca para los golpes con maestría y valor; y cuando lo ve descubierto por un quite hacia la derecha, se tira a fondo por encima atravesándole el corazón y saliendo el hierro por el costado izquierdo. Esto puede simularse así: como Blanca guardaba la puerta del fondo, Ricardo ha luchado casi de espaldas al público*K *la contracción*

nerviosa del dolor, al sentir el pinchazo en el corazón, le obliga a pegar los brazos al cuerpo, estirados; en seguida se le aflojan los nervios y le cae el estoque, desplomándose en la misma posición que esté sin poder hacer ningún otro movimiento ni articular un ¡ay! siquiera De manera que al recibir la estocada, su brazo izquierdo oprime el hierro y parecerá que le atravesó el cuerpo. Blanca sacó el hièrro instantáneamente y en este preciso momento aparece Fígaro seguido de Luisa. Ensáyese bien. Mucha rapidez hasta el final.

BLANCA ¡Al fin! (*Al dar la estocada*).

FÍGARO ¡¡Jesús!! ¡Qué ha hecho usted!

BLANCA ¡Clavarle un hierro en el corazón y retorcerlo! ¡destruir la barrera que separaba nuestras almas! (*Tira el arma*).

FÍGARO ¿Esas frases?

BLANCA ¡Son de tu última carta!

FÍGARO ¿Usted la leyó?

BLANCA ¡Por entero!

FÍGARO Perdón, Blanca. (*Arrodillándose*).

BLANCA ¿De qué, Roberto? ¡Levanta! ¡Tu sitio está aquí! (*Abre los brazos*). ¡Yo también te amo! (*Fígaro se levanta radiante de alegría,, se precipita a abrazarla y juntan sus bocas*).

(*Telón rápido*).

FIN DEL DRAMA

Obras del mismo autor

Frá Filippo Lippi. Drama en 5 actos, prosa y verso.

Los Miserables o El Mártir de la Ley. Drama en 5 actos, prosa y verso.

Carmen o Un drama al pié del Vesubio. Drama en 4 actos, en prosa.

En Crisálida. Drama en 3 actos, en verso.

La Hija del Rey. Comedia en 3 actos, en prosa.

Oleajes de la Vida. Comedia en 2 actos, en verso.

Mancha que se estiende. Boceto trágico en 3 actos, en prosa.

Por casualidad... Juguete cómico en un acto, en verso.

La Mujer que mata o La Jaula del Mónstruo. Drama en 5 actos, en prosa.

Los Aviadores. Zarzuela en un acto.

El Pájaro de Paco. Juguete cómico en un acto.

Tute Real. Capricho cómico lírico caricaturesco, en 2 actos, en verso.

Precio: 2 pesetas

═ PUNTOS DE VENTA ═

Librerías y Kioscos de importancia o en casa del autor, Aldana, 12, pral.-BARCELONA